

RECENSIONES

L. P. Marinovich (ed.), *Chelovék i óbtchestvo v antichnom mire / Person and Society in Ancient World*. Moscow, Nauka, 1998, 528 págs. ISBN: 5-02-009559-1¹.

El libro que reseñamos es muy representativo en la actual historiografía rusa, puesto que está consagrado por sus autores a uno de los más arduos problemas científicos, al problema de las relaciones del individuo antiguo con la sociedad a la cual pertenecía. Después de casi un siglo de dedicación a la temática socioeconómica, con el libro presente la ciencia rusa intenta cambiar su hilo conductor, destacando al individuo como el sujeto y principal protagonista de la historia universal. Así pues se puede decir que este libro es *sui generis* uno de los símbolos más espectaculares de los nuevos intereses e intenciones de la ciencia rusa relacionada con las antigüedades.

La mayor parte de los artículos está escrita por los más destacados especialistas rusos (E.M. Shtáerman, E.S. Golubtzova, L.P. Marinovich, Yu.K. Kolosóvskaja, Yu.A. Andréev, entre otros) que son buenos conocedores de los tradicionales caminos científicos de la época soviética y que, por otro lado, oponiéndose a los dogmas ideológicos de ella, siempre trataron de dedicarse al hombre antiguo, a su mentalidad y aspiraciones, a su modo de entender su propio destino social y personal.

El libro abarca un inmenso espacio geográfico: desde Roma hasta el Ponto, desde el Bósforo Cimmerio y Danubio hasta Grecia y Egipto. Los límites cronológicos también son muy amplios: desde los inicios del II milenio a.C. hasta el final de la época antigua. Las fuentes son múltiples, y se caracterizan por su variedad, solidez y autenticidad. El respeto a la tradición literaria antigua y también a la arqueología va acompañado de un profundo interés hacia la numismática, la epigrafía, la correspondencia privada y distintos tratados científicos antiguos. En esta lista de fuentes merece una atención especial la obra gnóstica *Pistis Sophia*, incluida a mediados del siglo IV d.C. en uno de los códices de pergaminos coptos, donde ocupa unas 178 páginas. La primera traducción al ruso de sus cuatro grandes fragmentos y su comentario histórico y filológico pertenecen a M.K. Trofímov (págs. 488-523).

El libro está compuesto de dos partes. La primera («Estructuras sociales y la psicología social») incluye seis capítulos, dedicados por sus autores al estudio de la conducta social y familiar del hombre antiguo, de sus relaciones con el poder, la ley y la religión. En el foco de la atención se hallan los habitantes de los más importantes centros de la civilización antigua, así como de su periferia pónica, menorasiática, egipcia y europea continental. En la segunda parte («La mentalidad del hombre antiguo en el contexto de la civilización griega y romana»), que cuenta con nueve capítulos, se estudian distintos aspectos de la mentalidad antigua con motivo de distinguir su espectacularidad y particularidad. La meta final consiste en la afirmación de que la cultura antigua es un fenómeno íntegro y autosuficiente que poseía todo el potencial, creatividad y perspectiva para su transformación histórica en lo que es la civilización moderna. El protagonista principal de esta transformación es el hombre antiguo, que por su «psicotipo» apenas se distingue del hombre de las épocas más modernas (p. 12).

* Estoy muy agradecida a la Dra. Guadalupe López Monteagudo por haber revisado el texto de mis reseñas.

Espero que el libro sea de interés y sirva a mis colegas españoles que, yendo por su propio camino científico, también han llegado a una altura desde la cual se ve claramente el horizonte investigador de los albores del nuevo milenio, íntegramente relacionado con el hombre, su imagen y mentalidad.

V. Kozlóvskaja
Universidad de Vladimir, Rusia

M. De Cesare, *Le Statue in immagine. Studi sulle raffigurazioni di statue nella pittura vascolare greca*. Roma, «L'Erma» di Bretschneider (Studia Archaeologica 88), 1997, 368 págs., 153 figs. ISBN 88-7062-978-3.

Puedo recomendar a aquellos interesados por la cerámica griega en particular y por el arte griego en general la lectura de este libro. Puedo afirmar que cumple con todos los requisitos en un trabajo de este tipo: rigor, exhaustividad, conocimiento actualizado de la bibliografía, claridad expositiva, nuevas aportaciones. El libro, suficientemente ilustrado, carece en ocasiones de calidad en las fotografías.

M. di Cesare aborda aquí el estudio de las estatuas como imágenes en la pintura de vasos griega, desde el siglo VI hasta el IV a.C., incluyendo las producciones suritálicas. Intenta dibujar una red de relaciones a distintos niveles, entre escultura, pintura mural, escenografía teatral, pequeña plástica y cerámica.

Tradicionalmente se habían considerado los vasos griegos dependientes de las otras artes mayores. La investigación decimonónica puso el acento en esta dependencia. Una única dirección se señalaba, la que conduce desde las obras de arte de los pintores o escultores a los artesanos ceramistas. Su búsqueda, la reconstrucción «filológica» de la obra original perdida. Como si existiera en la Grecia clásica una tendencia, moderada en cualquier caso, a la réplica de tipos y de esquemas.

En la actualidad el interés por las imágenes de los vasos griegos ha puesto a la sombra los estudios de sesgo estilístico y «filológico». Uno de los méritos de este trabajo ha sido el no despreciar ninguna aproximación y abordar el estudio entendiendo que las imágenes de los vasos son importantes y útiles para reconstruir tradiciones iconográficas comunes a diversos ambientes artísticos. Pero la estatua pintada es no sólo un medio para la reconstrucción o un instrumento para comprender la práctica de taller sino que es un instrumento precioso para desvelar la interrelación entre concepción divina e iconografía. La «imagen escultórica» es sobre todo un modo de aproximación a lo divino y de comunicación con él.

La autora nos muestra cómo en las imágenes las estatuas pueden jugar un papel central o marginal, o simplemente intensificar el *páthos* de la escena. Analiza la función de la estatua en el contexto mitológico-narrativo, en el contexto cultural, en el contexto artesano. Como señala M. di Cesare son influjo de la impronta visual de la realidad con fórmulas que traducen a imágenes una «memoria mítica» adquirida por el artesano y sus clientes.

Un aspecto casi totalmente olvidado del estudio es lo que la autora titula «el viaje de las imágenes», es decir, la producción, difusión y recepción de las imágenes, o lo que es lo

mismo, pasar del «contexto interno» al «contexto externo» del vaso, subrayando la importancia de la cerámica figurada como instrumento de difusión del universo mitológico, religioso y artístico. La cerámica juega un papel mediador y de difusión de los temas mitológicos y de un repertorio formal. Sirve para reafirmar el carácter de una *koiné* artística.

La imagen vascular constituye una fuente importante para reconstruir tradiciones, transmisiones y adopciones iconográficas, para conocer la dinámica de intercambio entre las distintas *technai*. Pero no pueden ser tomadas como datos precisos y fieles para intentar la reconstrucción, la restauración. El arte griego fue en época clásica completamente extraño al concepto de original y copia morfológica que desarrollarán después los romanos.

Carmen Sánchez

Universidad Autónoma de Madrid

D. Steuernagel, *Menschenopfer und Mord am Altar. Griechische Mythen in etruskischen Gräbern*, (Palilia 3, DAI, Rom), Dr. Ludwig Reichert Verlag, Wiesbaden, 1998, 222 págs. + 50 láms. ISBN 3-89500-051-5.

Este libro, publicado en la serie Palilia del Instituto arqueológico alemán de Roma, es elaboración de una disertación defendida en Hamburgo en el curso 1994/95. Busca responder a una cuestión vieja desde un punto de vista nuevo y con pensamientos diferentes. La cuestión de la que parte, la recepción de los mitos griegos en Etruria, se planteó en los años 60 y desde entonces ha sido objeto de un continuo debate. Frente a la opinión de R. Hampe y E. Simon (1964) —los etruscos en época arcaica demostraron un conocimiento preciso de los mitos griegos—, G. Camporeale prefería hablar de «banalizaciones» apoyándose en toda la amplia serie de ejemplos que se desviaban de los modelos de Grecia, hasta hacerlos incomprensibles. Este distanciamiento estaría en la raíz originaria de la transmisión etrusca, de las innumerables copias supuestamente sin sentido. Frente a estas generalizaciones, I. Krauskopf (1974) se centró en un repertorio mítico concreto —la saga tebana— y matizó el proceso: aceptó tanto la evidencia de una lectura correcta y minuciosa de la fuente griega por parte del etrusco como desviaciones sucesivas de las versiones locales. La escala de la progresiva lejanía se ampliaba a meras ornamentalizaciones llegando con frecuencia hasta las degeneraciones iconográficas, donde apenas es posible ya atisbar meros ecos formales de la primitiva fuente inspiradora.

La investigación se fue haciendo más dialéctica, la mirada sucesivamente más compleja. El etrusco, de mero receptor pasivo de un supuesto canon establecido, se convertía en manipulador del mito griego, en creador de la imagen apropiada. Se introdujo así el factor artesanal, tantas veces evanescente e inasible, y se reconsideró el entramado de los modelos, desde el *Urbild* o imagen originaria, ya postulada en la investigación de comienzos de siglo pero objeto ahora de una discusión más sistemática y precisa en los arquetipos y modelos transmisores (van der Meer, 1975). Interesaron los mecanismos y criterios que llevaron a la preferencia de tal o cual motivo, al porqué de la elección etrusca de esta fórmula concreta o de este mito (M. H. Massa-Pairault, 1985-1992); algunas variaciones observadas se atisbaron cargadas de intención y mito propios que nada o casi nada tendrían ya que ver con el griego (J. Penny Small, 1981). Lejos, pues, de ser banalizaciones, las imágenes incorporaban nuevos e insospechados sentidos. Las exigencias locales modificaban tanto la forma como el contenido. El ropaje mítico prestado sólo se entiende hoy desde la función histórica de las imágenes dentro

de la propia sociedad etrusca (recordemos los relieves del templo A de Pyrgi, tan debatidos). A los intereses etruscos —históricos, sociales, rituales, escatológicos, etc.— se superponen además unos principios de representación propios, como la tendencia a la simetría, o a la repetición de un personaje o de un motivo. En fin, la necesidad de ilustrar conceptos abstractos, emblemáticos dentro del imaginario etrusco, lleva a una utilización y manipulación profunda del repertorio iconográfico que le presta la fuente griega.

Este es el panorama, muy complejo, del que parte la investigación de Steuernagel, una trama densa de cuestiones históricas e iconográficas que el autor trata de analizar e iluminar. Steuernagel es heredero consciente de esa ingente tradición escolar y elabora, de forma muy personal y crítica, una metodología propia que le permita desbrozar el terreno. Ante todo, ha de poner lindes a este inmenso campo. Por ello delimita su estudio a las representaciones sobre sarcófagos y urnas en piedra. Enmarca además su indagación en un momento avanzado de la historia etrusca: desde el siglo IV a. C. hasta el cambio de era, es decir, principalmente se ocupa del período que podemos llamar etrusco-helenístico. Ello plantea una problemática diferente a los primeros trabajos (Hampe-Simon), centrados sobre todo en los períodos orientalizable y arcaico. Y he aquí su perspectiva más original y enriquecedora: escoge como tema no ya un mito concreto (como hizo por ejemplo Krauskopf con la saga tebana) o un taller único sino un conglomerado de temas que tienen una raíz común —el sacrificio humano y la muerte ritual sobre el altar— en un espacio y cronología que hemos visto amplios. El subtítulo es esclarecedor: va a seguir tratando de los mitos griegos en las tumbas etruscas. Pero ha cambiado el peso de la indagación. Le interesa la mirada etrusca, no la saga griega. El centro iconográfico es el altar como imán que va incorporando sentidos múltiples bajo la excusa de los motivos griegos.

La extrañeza del tema griego es prestigio en las élites etruscas: de ahí la fuente a la que acude continuamente el artesano, desde el temprano arcaísmo. De un lado, elaboración profunda —e intencional— de estos modelos; de otro, la nueva función que asumen estas representaciones. Esta dualidad constituye el núcleo del libro. El peso cae, pues, en la recepción, en ese juego recíproco entre la creatividad artesanal y las expectativas y representaciones sociales de los espectadores y clientes. Estamos pues ante un libro denso, sugestivo y, a veces, difícil; libro que se incorpora a esa línea de la investigación que en estas dos últimas décadas ha abandonado ya como faro iluminador el prestigio de Grecia para acudir a la explicación histórica y múltiple del receptor local.

Tras la introducción historiográfica un amplísimo primer capítulo clasifica y reúne individualmente las representaciones que se centran en torno a la muerte en el altar. Lo hace, obligadamente, desde la tipología mítica griega: la degollación de los prisioneros troyanos; el sacrificio de Ifigenia o de Polixena; Orestes y Píldes en Táuride; la persecución de mujeres: Casandra, Helena, Danaides...; el matricidio de Orestes; su huida de las Erinias; Télefo en el campamento de los griegos, con el niño Orestes en el altar; el reconocimiento de Paris en el altar; la muerte del cochero Mítilo; la degollación de Troilo por Aquiles y otros duelos míticos en torno a una tumba o un altar; Galatomaquias y galos saqueadores de santuarios; y luchas míticas en lugares sacros: amazonas, centauros y gigantes. Por los temas vemos cómo historia y mito se confunden en el imaginario antiguo o cómo una y otra se utilizan convergentemente. Pero el trabajo no se queda en el mito griego del que parte, o en la historia. En cada uno de estos apartados se estudian las variaciones de representación y la especificidad etrusca, así como, en ocasiones, el *stemma* de los modelos o posibles fuentes transmisoras del motivo (por ejemplo, en el sacrificio de los prisioneros troyanos). En esta lectura minuciosa el acento de las representaciones recae en la elección etrusca: por ejemplo, en la dramática *anagnórisis* o reconocimiento de Paris, motivo utilizado como tránsito so-

teriológico, las representaciones aladas que le acompañan no son victorias o diosas del amor, sino probablemente demonios etruscos de la muerte que salvan o acompañan al héroe en su instante del paso crucial. Esta elección lleva a desdibujar el motivo mítico griego que originariamente las inspiró: la muerte de Troilo no se reconoce ya en esta transformada acción de Aquiles sosteniendo la cabeza degollada del adolescente junto a un altar: una abstracción del motivo originario, llena de elementos narrativos. En fin, el lector encontrará en el libro los ejemplos multiplicados de estas profundas transformaciones semánticas (que no banalizaciones), lo que inevitablemente exige una reinterpretación.

La situación contextual de los testimonios iconográficos sitúa los temas en el espacio y en el tiempo etruscos (cap. II). Se delinean principalmente dos zonas (Etruria del Norte y del Sur) y dos momentos diversos, el inicial (ss. IV-III) y el tardohelenístico (ss. III-I a.C.). Los datos contextuales ayudan a situar así las dimensiones sociales de la recepción (que se retoman en las conclusiones del capítulo VI: la imagen como signo de historia). La limitación elegida por el autor a las urnas y sarcófagos habrá que contrastarla el día en que se incluyan en esta consideración otros soportes con estos temas, como los vasos cerámicos etruscos, las cistas en bronce o los mismos espejos. Recordemos la importancia de documentos relevantes como la llamada cista Revil o el estamno falisco de Sovana para una mejor comprensión etrusca del sacrificio de los prisioneros troyanos. En el libro estos materiales sólo se han estudiado parcial y selectivamente en cuanto ofrecen comparaciones con las urnas y sarcófagos, pero no constituyen parte del catálogo ni del entramado contextual —espacio y tiempo— al que pertenecen enriquecedoramente. El lector deberá buscar esa visión más global en obras como la coordinada por Adriano Maggiani, *Artigianato artistico*, Milán, 1985.

La aportación más densa y original de Steuernagel se encuentra en los capítulos interpretativos (III a VI). El capítulo III, se ocupa de la relación etrusca con las imágenes de los mitos griegos. El análisis que el autor nos ofrece del tratamiento etrusco de los iconos disuelve las categorías previas de clasificación por temas griegos: los motivos se entrecruzan, se generalizan y abstraen, se reelaboran desde una exigencia metafórica y alegórica, se duplican, se sustituyen, se transforman... Lejos de encontrarnos ante una copia mecánica y empobrecedora de modelos de la Magna Grecia, asistimos a una originalísima dinámica creativa propia. Ello nos lleva a una reformulación semántica nueva. No sirven las categorías míticas griegas para explicar muchas de estas innovadoras realizaciones etruscas. La clasificación exige otros nombres, palabras propias para esos nuevos mitemas. Un reto, pues, para la futura investigación iconográfica y un estímulo, a su vez, de reflexión teórica para quienes nos ocupamos de este campo de la imagen antigua. Todo ello se trata, holgada y críticamente, en la obra.

El capítulo IV «Angustia y esperanza. Representaciones de la muerte y del allende», relaciona imagen mítica y contexto funerario. Deshace tópicos de la investigación como el de la *mors acerba*, que el autor sitúa dentro de un mayor equilibrio histórico; o ese gusto sangriento y macabro al que sería tan aficionado el etrusco, esa supuesta sensibilidad morbosa y siniestra, expresión —se llegó a decir— de su carácter «nacional». La crítica, luminosa, rompe definitivamente con esta visión tópica pero no es del todo nueva. Recuerdo que Ambros Pfiffig, en su irremplazable *Religio etrusca* (1975), ya criticó esta historiografía decimonónica sobre el sadismo de las imágenes etruscas. La lectura consoladora del sacrificio sustitutorio de Ifigenia, realizada por nuestro autor, la ofrecía también Pfiffig: Ifigenia se convertirá en una heroína, un *alter ego* de la diosa. Nuestra visión de la escatología etrusca es ahora más humana y enternecedora, menos cruel y sangrienta. A ello ayuda, en no pequeña medida, el libro que se reseña. Cabría además en estos casos una lectura desde el género, que —creo— no se ha hecho suficientemente. ¿Cómo

funciona la selección temática de acuerdo con el sexo del allí enterrado? Ya Pfiffig apuntaba cómo algunos de los motivos de luchas aparecían en urnas con nombre femenino. También Steuernagel apunta, de pasada, ciertas preferencias, como la aparente mayor permeabilidad femenina a la religión de los misterios (representación de mujeres con tirsos, en sarcófagos). Pero las imágenes etruscas adquieren en nuestro libro una sugestiva lectura desde la vertiente antropológica, como ritos de tránsito. Una sugestiva iluminación: la tensión de la imagen etrusca se centra, preferentemente, en el estadio crucial e intermedio del tránsito. Las representaciones míticas refieren no tanto el resultado como el momento cumbre, y aún indeciso, de la peripecia. El supuesto paradigma de la imagen funciona de manera diversa, nunca unívoca: hay ejemplos negativos o contramodelos, como la desdichada muerte de Mírtilo (un «verunglückter rite de passage»).

El capítulo V trata el espinoso tema de la relación de estas imágenes «ejemplares» con prácticas culturales reales etruscas. El trasfondo histórico de las prácticas de sacrificios humanos, que sostienen diversos autores desde el siglo XIX hasta hoy y que no llegaron a reconocer sabios como J. Heurgon, quien veía en las imágenes meros sustitutos iconográficos, este trasfondo, digo, lleva al autor a contrastar las imágenes con los testimonios literarios conservados. Ambas fuentes se refieren a ámbitos diferentes y no son superponibles mecánicamente. La dimensión icónica ofrece otras perspectivas, parece más bien resultado de una proyección metafórica. El autor establece bien las diferencias. Las imágenes de las urnas no son simples sacrificios de guerra (tradicción literaria de la *devotio*). A veces el sacrificio lo realizan sacerdotisas (por ejemplo, en el caso de Píldes y Orestes). Raramente tiene lugar sobre la pira sino sobre tumbas construidas —o altares—, un indicio de que en Etruria se vincula al culto de los antepasados. La sustitución del hombre por un animal puede aludir a una ofrenda a los *dii animales*: la ofrenda de sangre de determinadas víctimas animales sobre una tumba podría evitar o superar la ley de la mortalidad de los hombres. Se ha hablado aquí —y Steuernagel insiste en ello— en una especie de esperanza de deificación tras la muerte: el difunto accede a cierto *status* divino. Un tema, cierto, especulativo y difícil en el que nuestro autor simplemente aporta los indicios y su reflexión. Muy original me parece una de sus conclusiones en este tema: la imagen es un traslado metafórico de la *uitae necisque potestas*: la representación de los degollamientos sacrificiales (la libación sobre la víctima insiste en el carácter de sacrificio) subraya el rango social superior de quien tiene derecho y potestad sobre la vida y la muerte. También aquí surgen los contramodelos: las imágenes con actos de violencia en santuarios (por ejemplo, los gálatas arrasando el lugar sacro con las ofrendas desparramadas sobre el suelo) manifiestan la monstruosidad de la acción. La iconografía recoge tanto el sacrificio humano legítimo como el sacrilegio avergonzante (el llamado «corrupted sacrifice»).

El último capítulo (VI: «Religión y sacrilegio. Trasfondo histórico y social») propone un cuadro de conjunto sobre el desarrollo de la sociedad etrusca entre los siglos IV y I a. de C. Distingue dos periodos: un culto a los antepasados de la aristocracia etrusca (siglos IV y III), con un largo excursus sobre la sociedad de clases y las relaciones de dependencia en Etruria que le invita a pensar en la necesidad de crear un pasado heroico en relación con el culto de los antepasados. De ahí la adopción de modelos heroicos griegos de prestigio como el de Aquiles sacrificando a los troyanos en honor de Patrolo: de este modo, con este modelo, los etruscos ofrecerían el sacrificio metafórico a su *pater gentis*. Crean y definen su propia historia. El segundo momento (siglos III al I a. C.) está marcado por los movimientos de reforma, reacción y romanización en que las imágenes sirven para asegurar y manifestar una conciencia de las normas propias y una nueva representación aristocrática ante un mundo cambiante y en tensión social. En este período las imágenes de los sacrificios huma-

nos son recibidos también por una «clase media» etrusca, cuyos usos y práctica los extiende.

El libro se complementa con un catálogo preciso y una selección cuidada y amplia del repertorio iconográfico.

La lectura de este libro denso y a veces difícil, es sugestiva y enriquecedora en muchos aspectos. Invita a la reflexión, más allá del propio campo etrusco. Puede ser útil a los ibe-ristas. Pero creo que no agota el tema ni descarta otras lecturas, acaso más tradicionales pero igualmente válidas y complementarias. Pienso, por ejemplo, en la propuesta sintética sobre la iconografía de las urnas etruscas que de este mismo período etrusco-helenístico ofrece M. H. Massa-Pairault dentro del catálogo de la exposición del citado libro de A. Maggiani (1985, pp. 82-83). Esta autora ve las raíces remotas de la mayoría de estos temas en Asia Menor, especialmente bajo el favor que les otorgó la corte pergamená. No sólo el influjo formal del reino de Pérgamo en la Italia helenística sino también un nuevo enfoque conceptual ante el mito puede introducirse en la Etruria de este período (por ejemplo, la idea de una oposición entre destino y libertad) a través de una nueva relación dialéctica entre mito y cliente. El mundo etrusco pudo verter su historia y elaborar su especificidad partiendo también de este impulso modélico minorasiático en época helenística. Creo que es posible avanzar más en una síntesis que tenga en cuenta el original análisis de Steuernagel con esta otra visión abierta a los renovados estímulos mediterráneos durante el helenismo, como la que han planteado ya Massa-Pairault y otros autores.

Ricardo Olmos

Instituto de Historia, CSIC.

C. Zaccagnino, *Il thymiaterion nel mondo greco. Analisi delle fonti, tipologia, impieghi*. Roma, «L'Erma» di Bretschneider (Studia Archaeologica 97), 1998, 209 págs., 12 láms. ISBN 88-8265-009-X.

Un libro dedicado al timiaterio en el mundo griego, al análisis de las fuentes, su tipología y sus usos, como enuncian el título y subtítulo de esta obra, parece en principio empresa codiciosa y atrevida, pero ofrece también el atractivo del estudio monográfico de un objeto, el timiaterio, presente en múltiples y variados aspectos de la vida religiosa griega. Tiene esta obra un indudable atractivo: anuar el análisis arqueológico con el literario y el iconográfico, presentando una visión global de los contextos y los ámbitos en los que se utiliza este objeto ritual y cultural.

Esta obra se plantea como una recopilación y análisis de los documentos literarios, epigráficos e iconográficos que ofrecen una serie de elementos preciosos para la comprensión de los ámbitos de uso referidos al timiaterio en el mundo griego. El objetivo es también ofrecer una nueva clasificación tipológica que toma como punto de partida el estudio de Wigand de 1912. La justificación radica en los 80 años transcurridos desde entonces, en los que la investigación arqueológica ha aportado numerosos datos para el conocimiento de nuevos tipos y ha confirmado o sacado a la luz nuevos ámbitos en los que está presente el timiaterio.

El libro está estructurado en dos partes fundamentales, la primera, centrada en el estudio y análisis de los documentos, y la segunda, concebida como catálogo de las fuentes y de los timiateria reales. La primera parte, con una gráfica extensión de cien páginas, recopila todo el saber existente sobre el timiaterio en el mundo griego; la segunda es un apoyo documental a la primera parte, no exhaustivo, aunque no sé si la pretensión era que sí lo fuera.

La primera parte comienza hablándonos del incienso, de sus características botánicas, lugar de origen, recolección, produc-

ción, comercio, difusión y empleo en Grecia, desde los ámbitos, sagrados o profanos, hasta el gesto con el que cumplimentaba la ofrenda. Y todo ello apoyado en las noticias proporcionadas por autores antiguos.

El segundo capítulo está referido al timiaterio en las fuentes literarias y epigráficas, de cuya lectura se extraen numerosos datos. Las fuentes nos informan sobre los diversos nombres que recibe el recipiente donde se quema el incienso: *thymiaterion*, *thyterion*, *escharis*, *escharion*, *libanotis*, *tripodiskos* y *bomiskos*, y la diferencia entre unos y otros. También nos informan, especialmente los inventarios de los templos, sobre sus formas, decoraciones, dimensiones y materiales con los que están realizados. Sabemos a través de ellas de los ámbitos de uso del timiaterio, su pertenencia al aparato cultural, su presencia en los templos, en las procesiones rituales, en los sacrificios y en los ámbitos privados, especialmente en el banquete y en el simposio.

La autora recoge también las menciones a las diferentes divinidades a las que se ofrenda el incienso: Afrodita, Zeus, Dioniso, Atenea, Asclepios, Artemis, Leto, Apolo, Damia y Auxesia, Deméter y Kore, Hera, Agathé y Tyche, divinidades egipcias y sirias, Ninfas, y héroes: Heracles y Anfiarao. La utilización del timiaterio en los cultos en honor de estos dioses está recogida en las fuentes literarias, en los inventarios de los santuarios y en determinados documentos epigráficos, y confirmada por la aparición de ejemplares reales en algunos de sus santuarios. Pero la recogida de datos y el análisis que hace de ellos no conduce a una profundización en el estudio del ritual y de la religión griega. El resultado parece demasiado anecdótico, quizás por la escasez o lo fragmentario de la documentación escrita. Así, por ejemplo, en el apartado dedicado a Afrodita, la autora se ciñe, con razón quizás, al empleo del incienso, pues el tema del libro es el timiaterio, objeto empleado para quemar esta sustancia concreta. Pero ¿por qué no hacer alusión a los perfumes de forma más general, especialmente en el ámbito de esta diosa, ella que, como narra el Himno Homérico, se puso *vestidos perfumados por todas las estaciones*, ella que es también la Afrodita *Anthéia*? No sabemos tampoco por qué el incienso tuvo un papel importante en los ritos en honor de Apolo, si se le reconocían propiedades mánticas, al igual que se le reconocían propiedades curativas en el santuario de Asclepios. El caso es que se abren numerosos interrogantes a los que la autora no presta atención. Volveremos sobre ello más adelante.

Este capítulo se cierra con las referencias a Alejandro Magno, el primer soberano del mundo griego en cuyo honor se quemó incienso —sin profundizar, por cierto, en el valor simbólico, político y religioso de esta costumbre oriental—, referencias sobre los dedicantes —más numerosas las mujeres que los varones, otro dato del que tampoco extrae ningún partido—, la mención a un epígrafe que prevé la institución de un verdadero culto heroico en honor de un *auleter*, y con las conclusiones. Éstas son meridianas: las fuentes proporcionan informaciones preciosas para el estudio del timiaterio y del empleo del incienso en la cultura griega, pero no pueden comprenderse en su totalidad sin la aportación de la iconografía y de los datos de las excavaciones.

El tercer capítulo de esta primera parte está consagrado al estudio tipológico del timiaterio, diferenciados en timiateria muebles y configurados. La tipología se establece sobre ejemplares reales y timiateria que sólo existen en representaciones iconográficas. La autora define diecisiete tipos básicos, sus variantes formales, sus dimensiones, su origen cultural y cronológico, y su difusión en el tiempo y el espacio. En cuanto a los timiateria configurados distingue los de forma de cáliz de flor, los timiateria con cariátides y los timiateria siracusanos con figura humana o divina.

El siguiente capítulo es una recopilación de las escenas en las que aparecen representados los timiateria, pues realmente no es un estudio iconográfico completo. La división en ocho tipos de escenas parece un tanto arbitraria y confusa, pues

determinadas representaciones se solapan con otras o pueden encajar en varios apartados. Por ejemplo, ¿por qué diferencia las escenas cuando está presente el devoto o cuando sólo es el dios el representado, si luego no concede ninguna importancia a las ausencias o presencias?

Tras la lectura de este capítulo habremos obtenido nuevos datos, pero el sentido último del significado y valor de la ofrenda del perfume se nos sigue escapando. Muchas preguntas quedan sin contestar, por ejemplo, ¿por qué son tan frecuentes durante la primera mitad del siglo v los léxicos áticos con la imagen de Nike llevando un timiaterio?, ¿por qué es la diosa la oferente, la celebrante del ritual?, ¿qué celebra? Alguna respuesta, por sencilla que fuera —la importancia de la victoria agonística en un contexto político que busca la sanción religiosa de sus acciones— podría haber aventurado la autora. Pero no suele ofrecer interpretaciones, y cuando lo hace son discutibles. Así, cuando dice que en los «Totenmahlreliefs», donde el difunto suele estar representado en el momento de echar granos de incienso en un timiaterio, no se debe reconocer un valor funerario a la acción, porque el difunto heroizado está retratado en un momento de su vida privada. Tal lectura es excesivamente simplista, y desconoce la riqueza de significados, la polisemia característica de las imágenes, especialmente las de los siglos v y iv a.C. y, sobre todo, de tema funerario, donde hasta dos o tres niveles de lectura se superponen y armonizan perfectamente. La misma simplicidad de interpretación ofrecía en el capítulo anterior al hablar de los timiaterios en forma de mujer-flor, de los que dice están asociados a divinidades femeninas conectadas con la fertilidad, como la Hera venerada en Sele, por lo que en la figura femenina se puede reconocer a la Hera Anthéia. Suponemos que esa asociación puede cumplirse en el caso del Heraion de Sele, pero quizás el significado sea más amplio, menos restringido, cuando las encontramos en otros contextos, pues podemos hablar también de Afrodita Anthéia, o de Perséfone, hablar de la imagen del ánodos, o relacionarla con las imágenes de los vasos surtálticos en los que una cabeza femenina brota de un cáliz en flor. En fin, las posibilidades y los juegos de las imágenes son innumerables y abren múltiples caminos a la interpretación.

El último capítulo de esta primera parte está dedicado al timiaterio en la documentación arqueológica. Felizmente, los contextos de hallazgo concuerdan con las fuentes literarias, y confirman los ámbitos de uso. Los timiaterios aparecen por todas partes, en espacios sagrados y profanos, en templos, especialmente en los dedicados a divinidades femeninas, en salas de banquetes públicos, en las tumbas (¿para el ritual o como parte del ajuar?, se pregunta la autora). Por último, el círculo de la recopilación y de la argumentación se cierra analizando las imágenes que decoran los timiaterios cerámicos: las escenas confirman los mismos ámbitos de uso que nos habían proporcionado las fuentes escritas.

La segunda parte de este libro reúne en otras cien páginas las fuentes literarias, epigráficas, el catálogo de las fuentes iconográficas y de los timiaterios reales. La ordenación, a veces un tanto confusa, se realiza primero por la tipología, luego por el tipo de fuente (cerámica, escultura, etc.), y finalmente por el tipo de escena. Por cierto, echamos en falta una mayor número de ilustraciones, especialmente cuando uno de los principales capítulos de este libro está dedicado a las fuentes iconográficas.

En resumen, nos encontramos con un estudio ambicioso, pero necesariamente simplificado, con numerosas generalizaciones y lecturas en ocasiones muy superficiales. Quizás esperábamos encontrar algo más que una mera enunciación recopilatoria de los usos y contextos en los que se inscribe este objeto. No es que pretendamos que este libro fuera una nueva versión de aquel estudio tan sugerente e innovador de M. Detienne sobre la mitología de los aromas (*Los Jardines de Adonis*), pero nos hubiera gustado leer algo sobre su significado metafórico, sobre el simbolismo de la ofrenda del per-

fume, sobre el valor de la acción sagrada de quemar incienso, alimento y esencia divina.

La universalidad del timiaterio conlleva una limitación, pues como signo iconográfico no define con precisión un ámbito de uso ni una acción determinada que permita diferenciar un contexto y un significado de otro. Pero, precisamente, esa característica es la que debía haber sido exprimida a fondo para hablar del timiaterio como clave de interpretación de una acción que es necesariamente ritual y sagrada. El timiaterio es un instrumento que sólo adquiere sentido en el contexto de una acción. La pregunta no debe ser sólo «¿qué es?», «¿para qué sirve?», sino «¿cuál es el significado de la acción?». A través de ella —de él— se establece una comunicación vertical entre el mundo divino y el humano. El aroma, el perfume abre las puertas de lo divino, rompe las fronteras del aquí y del ahora, borra el tiempo y dilata el espacio humano hasta las fronteras de la alteridad. La ofrenda perfumada es elemento de regeneración, es instrumento de transformación, vehículo que conduce a otras esferas del ser, es metamorfosis en la esencia divina que es, también ella, aroma exquisito, perfume delicioso. El timiaterio es objeto clave en esta acción sagrada que inunda los sentidos y despoja al hombre de su ser mortal para sumergirse en el aroma de la inmortalidad.

Quizás nuestras expectativas eran falsas, porque lo que se ha pretendido y prometido es realmente y en el fondo lo que se ha ofrecido: un conocimiento panorámico del timiaterio y sus usos en el mundo griego, una visión de síntesis, un enunciado de los temas abriendo caminos a los que quieran profundizar en cada uno de los aspectos concretos. Es esta tarea un ejercicio virtuoso para el que se requieren especiales habilidades globalizadoras, sintéticas y ordenadoras. Lo que deja traslucir este libro es también el intento de diálogo de diversas disciplinas, que no suelen aunar sus esfuerzos con frecuencia. El quehacer de arqueólogos, filólogos e iconólogos aparece aquí conjugado en una síntesis perfecta para introducir y sugerir nuevos caminos de indagación.

Paloma Cabrera Bonet

Museo Arqueológico Nacional, Madrid

B. Böttger - D.B. Shelov, *Dipinti na ámforaj iz Tanaisa / Amphorendipinti aus Tanais*. Mosckau, Deutsches Archäologisches Institut. Eurasien-Abteilung (Pontus Septentrionalis I. Tanais I: T.M. Arséneva, B. Böttger, Yu. G. Vinográfov, eds.), 1998, 238 págs., 100 págs. de láms. ISBN 5-89526-002-0.

El libro presente abre la serie de monografías llamada «Pontus Septentrionalis» que, según el proyecto de sus editores (H. Kürieleis, Presidente del Instituto Arqueológico Alemán; R.M. Muncháev, Director del Instituto de Arqueología de la Academia de Ciencias de Rusia, y G.M. Bongard-Levin, Presidente del Centro de Estudios comparativos de las civilizaciones antiguas de la Academia de Ciencias de Rusia), tiene por objetivo informar acerca del desarrollo de la investigación de la historia y cultura del mundo colonial griego de la región norpónica. Las monografías se editan en ruso y alemán y ya se conocen los títulos de aquellas que se hallan en prensa: «Olbia», «Berezán», «Chersonesos», «Tira», etc.

El primer volumen de la serie está consagrado a Tanais, que, sin pertenecer a las más arcaicas colonias griegas, tiene un interés científico especial por su modelo del desarrollo histórico y cultural, puesto que a lo largo de su vida se había convertido en un ejemplo único y espectacular, antológico diría yo, de la coexistencia pacífica y muy fructífera con los sármatas y otros indígenas de la región norpónica y meocia, alejada de Grecia miles de kms. A propósito de lo dicho, una

de sus pocas analogías directas (o, tal vez, la única) es el Emporion de la Península Ibérica. Espero que por esta razón el libro presente atraiga un interés especial por parte de los investigadores que se dedican a la historia de este centro antiguo.

La monografía reúne 3000 «dipinti» o tituli picti de las ánforas tanaitas, pertenecientes a la primera mitad del siglo III d.C. y descubiertos por arqueólogos rusos y alemanes durante las excavaciones de los años 1955-1979. Los «dipinti» más recientes (varios miles más) se estudiarán en un volumen aparte.

El libro está compuesto de seis capítulos consagrados a una breve historia del estudio de las inscripciones de las ánforas tanaitas y de la característica tipológica de ellas (cap. 1-2), a la técnica y paleografía de los «dipinti» (cap. 3-4), a su contenido, ubicación y, en resumen, a su importancia científica (cap. 5-6). El texto está provisto de un pormenorizado catálogo (pp. 138-229) y también de un índice alfabético de los «dipinti» y un álbum de 91 láminas.

La mayor parte de los «dipinti» pertenece a las ánforas tanaitas del tipo D que, según la opinión de sus investigadores, proceden de la región sudpónica y, en primer lugar, de la Sinope menorasiática (pp. 31-33). Sin embargo hay otros tipos de ánforas con «dipinti» que habitualmente se importaban a Tanais desde distintos centros del Bósforo Cimmerio, Ponto y también desde Atenas, Siria y Africa Septentrional (p. 34). En lo que se refiere a los «dipinti» de estas ánforas, la mayoría de ellos fue aplicada en la misma Tanais (cap. 2, pp. 34-35). Los testimonios a favor de esta conclusión, que son el lenguaje, su gramática y onomástica, la caligrafía y la ubicación de la inscripción, el contenido y sus variantes, se estudian en los capítulos 3-5.

La técnica tanaita de aplicar «dipinti» es más o menos homogénea. Se empleaba la pintura roja producida a base de los minerales enriquecidos por Fe_2O_3 y mezclados con agua y aceite que convertían esta pintura en una especie de acuarela. La inscripción se pintaba con un pequeño pincel en la parte superior del cuello (posición I), en su parte media (posición II) o en los hombros del vaso (posición III) (pp. 38-40). Cada escritura poseía su propia caligrafía (véase los capítulos 4-5), lo que, según los autores del libro, facilita mucho el estudio de tales problemas científicos, como qué producto y en qué cantidad, dónde, cuándo, por quién y para qué tenía que estar certificado en tal o cual ánfora.

Un interés aparte merece el capítulo 6, cuyo significado consiste en haber podido establecer la existencia de numerosos grupos de comerciantes tanaitas que se especializaban en la importación de distintos productos a Tanais y al vasto mundo indígena estepario. Uno de los productos más codiciados era el petróleo (nafta), procedente de varios centros de la Península de Kerch (pp. 108-109); se menciona en más de 160 «dipinti» (véase el Catálogo alfabético, p. 233) y demuestra que ya en la primera mitad del siglo III d.C. la nafta se empleaba para iluminar el faro tanaita así como el interior de edificios públicos y privados, sus sótanos y trasteros.

Atraen una atención especial los «dipinti» del tipo ZA, ZADO (112 ejemplares, véase p. 112), por un lado, y BAG (33 ej.) y ARD (11 ej.), por otro, porque demuestran, según los autores, la existencia de una asociación de comerciantes tanaitas compuesta, probablemente, por los miembros de una misma familia de *kapeloi* (pp. 112-113), que no sólo eran propietarios de los productos almacenados en los sótanos de las viviendas T y C, sino también de las mismas casas urbanas. Este tipo de relaciones tenía que ser habitual, lo que se deduce, según la opinión de los autores del libro, de los «dipinti» procedentes de numerosos alojamientos del barrio central de Tanais (pp. 112-126). Más aún, entre los propietarios de estas casas existía un intercambio mercantil bien desarrollado. Por ejemplo, el propietario ZA (DO) y su copartícipe BAG (se mencionan 112 y 33 veces resp.) tenían relaciones estables con otros 7 propietarios (cuyos nombres se recuerdan 19 veces),

mientras que cada uno de estos últimos solía desarrollar simultáneamente su propia actividad comercial con otros habitantes de Tanais. Yo añadiría que la cantidad de los agentes del tipo de *polikapeloi* era bastante numerosa: son siete, por lo menos, los que se indican en unas 87 operaciones comerciales con los propietarios de distinta mercancía, por un lado, y con unos 50, por otro (véase p. 126 y el gráfico 9). Algunos de ellos llevaban nombres sármatas y sarmatizados. Pues resulta que tanto el comercio a gran y corta distancias de Tanais como su banco de créditos se desarrollaban a base del sistema de relaciones del tipo «*emporoi - kapeloi - polikapeloi*», descrito por Aristóteles (véase pp. 130-132). En este sistema los *kapeloi* de Tanais, según la versión de los autores, solían sufrir el mayor riesgo, pero la escala de sus ganancias tenía que ser tan alta que ellos no solamente soportaban todas las incomodidades de su existencia tan alejada de los grandes centros económicos y culturales griegos, sino que supieron crear en Tanais una vida próspera y, urbanísticamente, bien organizada (cap. 6, p. 132).

El catálogo del libro contiene 2233 «dipinti», pertenecientes a los mejor conservados. Forman tres grandes grupos en concordancia con el tipo de ánfora, su posición en ella y sus analogías. Para facilitar el uso del catálogo sus autores han ofrecido el índice alfabético de los «dipinti», el de los lugares de su hallazgo y también un vasto álbum precedido por el plano arqueológico general de Tanais (fig. 2), la tipología de las viviendas de esta polis comercial (figs. 3-8) y un interesante esquema relacionado con el modo de organizar el comercio tanaita (fig. 9). En las láminas 1-91 están representados todos los «dipinti» y sus fragmentos estudiados en el libro. Resumiendo, quisiera decir que la monografía posee gran valor científico puesto que en la arqueología actual el interés se concentra normalmente alrededor de los graffiti y sellos y hay muy pocas obras que estén consagradas a los «dipinti», que por su mal estado de conservación presentan grandes dificultades para los especialistas de este campo de investigación. Gracias a la obra que acabo de reseñar, tenemos a nuestra disposición más de 3000 tituli picti de Tanais estudiados detenidamente por los mejores conocedores de la epigrafía de esta polis griega bosforeña. El valor del libro se acrecienta si tenemos en cuenta que, en la mayoría de los casos, los «dipinti» proceden de complejos arqueológicos cerrados y, por esta razón, están bien fechados. Es sabido que a mediados del siglo III d.C. Tanais con todos sus edificios públicos y viviendas fue destruida por distintas tribus godas y así fue sepultada toda su riqueza epigráfica.

Esperemos que los arqueólogos y epigrafistas nos den a conocer los resultados de sus nuevos descubrimientos de este tipo de fuentes tan imprescindibles para la ciencia actual.

V. Kozlówskaia
Universidad de Vladímir, Rusia

S. Perea Yébenes, *Los stratores en el ejército romano imperial (funciones y rangos)*. Madrid, Ed. Signifer Libros (Signifer. Monografías y estudios de la Antigüedad griega y romana, 1), 1998, 184 págs. ISBN 84-605-8096-2.

Nos encontramos ante el primer estudio de una nueva colección de monografías sobre la Antigüedad clásica, que al parecer dedicará una atención prioritaria a la temática militar, colección cuyo prometedor comienzo esperamos tenga continuidad en un futuro cercano.

El autor presenta en este estudio una recopilación exhaustiva de los epígrafes y fuentes literarias relativos a *stratores* en todo el ámbito del Imperio Romano, realizando un laborioso esfuerzo de documentación, que le sirve como base para

fundamentar el primer estudio de conjunto que se realiza sobre esta problemática figura, que aparece reflejada en la epigrafía y en la literatura latinas básicamente entre los reinados de Trajano y Galieno, con alguna excepción posterior. Perea va analizando los diferentes aspectos que permiten llegar a conocer mejor a estos personajes: rango del *strator*, cargo del personaje del que dependen, unidades militares a las que están adscritos, provincias en las que se documentan y cronología de los testimonios, para terminar con las conclusiones finales. El trabajo cuenta asimismo con un completo índice de epígrafes, clasificados por provincias para facilitar su empleo, así como varios índices de consulta.

El autor se ha marcado un claro objetivo: demostrar que la *estratoria* (sic) no es un rango concreto dentro del organigrama del ejército romano sino una función vinculada indudablemente a esta institución y desempeñada por militares de diferente rango, pero ajena al *cursus* militar, que abarca campos muy diversificados, que pueden incluir tanto misiones de carácter militar como de carácter civil, que dependen en última instancia de las competencias concretas del jefe directo de cada uno de estos personajes. El grado de los que aparecen denominados como *stratores* en la epigrafía y literatura latinas sería asimismo independiente de la misión desempeñada. Idénticas funciones pueden ser realizadas por *stratores* con rangos militares muy diferentes. El autor argumenta convincentemente su hipótesis de trabajo, rastreando en las fuentes literarias y en la epigrafía la cronología de los testimonios, el rango de los *stratores* y la estrecha relación personal y profesional que establecen con el jefe militar a cuyo servicio se encuentran. Los argumentos de S. Perea proporcionan una explicación verosímil a la complicada inclusión de los *stratores* dentro de los rangos establecidos dentro del ejército romano, que ha causado notables dificultades de interpretación a los investigadores que se han ocupado anteriormente de esta cuestión. La desaparición de esta función a partir del reinado de Galieno, momento a partir del cual cesan casi por completo las alusiones a estos personajes, estaría relacionada con las profundas transformaciones experimentadas por el ejército romano durante la crisis del siglo III.

Con la intención de profundizar en la problemática derivada del papel y la posición de los *stratores* se ha ampliado el ámbito de estudio a todo el mundo romano. La recopilación de testimonios epigráficos deja perfectamente clara su concentración, por otra parte perfectamente lógica, en las áreas militarizadas del Imperio, fundamentalmente Numidia, Mesia, Panonia y Germania. Aunque entre las provincias con guarnición militar se encontraba la Tarraconense, en la antigua Hispania tan sólo se han recuperado tres epígrafes, dos de ellos procedentes de *Tarraco* y un tercero de Porcuna (Jaén), que aluden a *stratores*. Aunque esta escasez de testimonios impide al autor llegar a hipótesis bien fundamentadas sobre el caso hispano, tal vez hubiera sido deseable una reflexión más detenida sobre la reducida presencia de *stratores* vinculados con la *legio VII gemina*, que a nuestro juicio viene a confirmar el peculiar papel desempeñado por esta unidad dentro del ejército romano durante los siglos II y III d. C., que tiene poco que ver con los cuerpos militares instalados en las fronteras durante este mismo periodo. Esta ausencia viene a sumarse al sorprendente «olvido» sufrido por la *legio VII gemina* entre los especialistas españoles y foráneos desde los determinantes y ya clásicos trabajos desarrollados por A. García y Bellido.

Asimismo se echa en falta una reflexión algo más detenida sobre las funciones concretas desempeñadas por estos personajes, donde los aspectos civiles y militares aparecen entremezclados. Tal vez un análisis más pormenorizado hubiera permitido llegar a perfilar mejor el alcance y las características concretas de las misiones, con el fin de aclarar si eran cargos absolutamente coyunturales surgidos de necesidades concretas o respondían a casuísticas parecidas.

Dejando al margen algunas cuestiones menores como la

mala calidad de las ilustraciones, nos encontramos ante un trabajo riguroso y fundamental para conocer la imbricación de los *stratores* dentro del mundo militar altoimperial, con interesantes y novedosas aportaciones que sin duda podrán profundizarse en el futuro. Un trabajo al que deberán recurrir los estudiosos del ejército romano dentro y fuera de nuestras fronteras.

Angel Morillo Cerdán
Universidad Int. SEK-Segovia

F. Berger, *Kalkriese I. Die römischen Fundmünzen*. Mainz am Rhein, ver Philipp von Zabern (Römisch-germanische Forschungen, Band 55. Römisch-germanische Kommission des DAI zu Frankfurt am Main), 1996, 169 págs., 29 figs., 40 láms. y un plano desplegable. ISBN 3-8053-1917-7.

La römisch-germanische Kommission inicia con este tomo una serie monográfica que será dedicada a los hallazgos de Kalkriese, yacimiento que merece la dedicación de un gran proyecto arqueológico que ha empezado ya a dar fruto. Los resultados actuales son importantes para la ciencia alemana donde los estudios militares han tenido tan excelente desarrollo, pero también lo es para la provincial romana, especialmente para Hispania.

Los nuevos e importantes descubrimientos arqueológicos han reabierto en Alemania la polémica sobre la localización del mítico Teotoburgo, el lugar de la derrota en el año 9 d.C. de las legiones romanas de Quintus Varus por el querusco Arminius. El monumento del s. XIX, erigido bajo la dirección de Th. Mommsen en Grotenburg (Detmold) como recuerdo de la victoria germana, no queda en realidad muy lejos del lugar donde desde principios de los años 90 se están encontrando los restos de lo que parece una gran derrota romana, Kalkriese (Osnabrück). La detallada descripción del acontecimiento por Velio Paterculo (2,117-120) y Tácito (An. I, 60-62) ha facilitado sobremanera la interpretación de unos materiales que aparecen esparcidos en más de 3 km por zonas pantanosas y que ilustran exactamente la descripción de la batalla. Los restos son básicamente militar y monedas, y éstas constituyen el argumento básico para fechar el acontecimiento con mucha precisión y con ello identificar el suceso; pero además, el material ha permitido al A. hacer una puesta a punto de las discusiones sobre las emisiones augusteas del cambio de era, emisiones que son transcendentales para la cronología de los campamentos alemanes, viejos y nuevos, como el de Haltern o Waldgirmes. Si realmente, como parece, estamos ante los despojos de la derrota de Varus, los materiales son exactamente del año 9 d.C.

El A. ha dividido el estudio en I) Prehistoria y hallazgos monetales hasta 1987, II) Las monedas de oro de Kalkriese, III) Las monedas de plata, IV) Las monedas de cobre, V) Contramarcas y otros deterioros, VI) La dispersión de las monedas en la zona y VII) Resumen: las monedas de Kalkriese. A ello se suma un completo catálogo con la descripción y fotografías (40 láms.) de todas las piezas.

Han sido, como siempre, las monedas de cobre las más importantes: la presencia de abundantes ases de Lugdunum de la serie I que se acuña en el 7/8 d.C. y la total ausencia de la serie II, emitida en el 10/11, fechan con precisión el acontecimiento. Si a ello se suma la frecuencia de la contramarca *Q. Varvs* sobre las monedas de la I serie, parece poder señalarse que se trata de la tropa de Varus, aunque esto es menos seguro por la gran frecuencia de esta contramarca en toda Germania inferior. Ningún bronce hispánico está recogido en el libro, pero sabemos que recientemente —1998— ha aparecido un as de Osca con *p(ater) p(atriciae)*, es decir, post 2 a.C.

De las monedas de oro y plata existe un alto porcentaje de piezas de Cayo y Lucio Caesares, cuya ceca central estuvo en Lugdunum, pero existió otra auxiliar en Calahorra, donde han aparecido dos parejas de cuños oficiales para denarios y áureos. El A. cataloga todas ellas como de Lugdunum pero es muy posible, como veremos, que una buena parte fueran de procedencia hispánica. De los seis áureos constatados cuatro son de esa emisión y otro de ellos —RIC 60— procede de la ceca de Colonia Patricia. Aunque los testimonios de moneda hispánica en Kalkriese son muy pocos, posiblemente una de las tropas derrotadas procedía de la Península.

El A. propone que la tropa de Kalkriese tenía su campamento en Haltern mejor que en Vetera, que ha sido de siempre la propuesta más común. La circulación monetaria es efectivamente complementaria a la del campamento de Haltern, pero en Kalkriese hay más áureos y denarios que allí y, de los ases, sólo las emisiones más recientes y comunes -Lugdunum I-, posiblemente la moneda de pago en los campamentos en ese momento. El A. defiende que los soldados llevaban consigo lo mejor de su fortuna, pues junto a monedas han aparecido militarmente decorados y objetos de «lujo». La cantidad de áureos y denarios hallados lo demuestra y la «modernidad» de los ases también. El hecho es interesantísimo porque el estudio comparativo nos proporciona dos patrones de circulación contemporánea, el de la tropa estable en un campamento y el de la tropa en marcha. En el primero se mantiene una circulación arcaizante, en el segundo se elige lo más valioso: áureos, denarios y, de los bronceos, los más recientes y comunes. Creo que la interpretación del A. es correcta: Haltern era posiblemente el campamento de esta tropa. Pero en Haltern parece haber habido tropa hispánica por las abundantes monedas allí encontradas; de ellas se llevaron a la marcha áureos y denarios, pero los ases hispánicos quedarán en el campamento por ser moneda foránea, menos común.

Estos comentarios que he seleccionado por tener relación con Hispania y otros que no he incluido por ser muy específicamente numismáticos, están cuidadosamente documentados con mapas de dispersión y gráficos, amén del completo catálogo de las piezas. A él habrá que ir añadiendo las nuevas monedas de cada futura campaña que podrían variar la cronología del conjunto y con ello dar por erróneo la identificación del suceso; sin embargo la muestra hoy parece ser suficientemente dispersa en el terreno y homogénea en su esencia como para que la identificación no sea correcta. En cualquier caso, si no fuera la victoria de Arminius, se trataría de un espléndido estudio que servirá de patrón para la circulación monetaria militar en campo abierto en los años finales del reinado de Augusto.

M.^a Paz García-Bellido
CSIC, Madrid

Schönert-Geiss, E., *Bibliographie zur antiken Numismatik Thrakiens und Mösiens*, Berlin, Berlin-brandenburgische Akademie der Wissenschaften. Akademie Ver. (Griechisches Münzwerk) 1999, 1710 págs. ISBN 3-05-003286-3.

La obra se gestó como un volumen de la inestimable serie «Literaturüberblicke der griechischen Numismatik» iniciada por K. Kraft, de la que salieron varios números, uno de ellos el de Iberia-Hispania hecha por G.K. Jenkins. Se trataba entonces de ofrecer bibliografías, científica y extensamente comentadas. La obra que reseñamos hoy se ha apartado considerablemente de la iniciativa originaria: la A. ha preferido dar cabida a un gran número de entradas (9350) pero reducir el comentario crítico a un pequeño resumen acróstico del contenido de cada trabajo. Se han recogido todas las obras que, desde 1800 hasta 1998, hayan tratado sobre el tema monetario en Moesia y

Tracia, incluyendo algunas recensiones, como las de *Gnomon*. También se han recogido, y ello es de alabar, los trabajos sobre puntas de flecha como dinero premonetal, forma de cambio que tanta extensión y perduración tuvo en esas regiones.

El libro es pues un útil de trabajo de primera categoría para quienes estén interesados en la historia antigua de Tracia y Moesia o necesiten alguna recogida de datos de esas provincias de tipo numismático, fácil labor por lo bien estructurada que está la documentación. Todo ello es bibliografía sobre:

1) Historia de la investigación, 2) Temas general, 3) Moesia superior -Viminicum, 4) Moesia inferior - siete ciudades por sus nombres, 5) Tracia - bibliografía general y 27 ciudades por sus nombres, 6) Tribus y reyes autónomos -tribus tracomacedónicas, reyes tracios, Lysimaco, 7) Quersoneso tracio -10 ciudades por sus nombres, 8) Islas tracias -seis ciudades por sus nombres, 9) Cecas inciertas, 10) puntas de flecha como dinero premonetal, 11) Índice de autores.

Una espléndida lista de abreviaturas sobre revistas y series numismáticas precede estos capítulos y un pequeño, pero muy útil, resumen sobre la historia de cada provincia o ciudad precede sus entradas bibliográficas. Si lo que el lector busca son trabajos concretos de un autor puede consultar el índice final de autores con todas las obras reseñadas. Las cabeceras de todo el libro recogen a la izquierda el nombre de la provincia y a la derecha el de la ciudad en cuestión, lo que hace rápida la consulta.

Como vemos es un espléndido útil de trabajo a lo que ayuda una buena y clara edición, a pesar de la delgadez del papel que conlleva una transparencia de texto, haciendo incómoda a veces la lectura; bien es cierto que un mayor grosor del papel hubiera obligado a su impresión en dos volúmenes.

M.^a Paz García-Bellido
CSIC, Madrid

G. C. Andreotti (ed.), *Estrabón e Iberia: Nuevas Perspectivas de Estudio*. Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, 1999, 235 págs. ISBN: 84-7496-730-9.

Ya el título del libro (consecuencia de unas Jornadas celebradas en Málaga en 1997) anuncia un intento de aportar novedades al estudio de lo que el más importante geógrafo antiguo, cuya obra conservamos, tiene que decir sobre Iberia.

En la introducción, a cargo del editor del volumen G. Cruz Andreotti, se ubica en su contexto y se defiende de modo entusiasta la oportunidad y calidad del estudio, si bien la pretensión (p. 7) de que ésta es la «primera vez» que «de manera monográfica» se aborda «la importancia» de Estrabón «para la historia antigua peninsular» parece excesiva incluso si nos atenemos sólo a su propio repaso de la bibliografía precedente, entre la que menciona, curiosamente, algunos «monográficos» (7)...

El primer capítulo propiamente dicho es la correcta contribución de F. Prontera. Tras algunas precisiones acerca de dos variantes de la geografía descriptiva de los griegos (la general, que nace primero, y la regional, que surge más tarde), Prontera comenta de modo claro y preciso, en sus palabras, tres temas: 1, «el papel de las concepciones míticas y de la épica en la formación de la tradición geográfica sobre Iberia»; 2, «los cambios introducidos por la historia y la geografía helenística»; y 3, «la integración de Iberia en el mapa de la tierra habitada».

El capítulo II, de M. Álvarez Martí-Aguilar, trata de la repercusión moderna de Estrabón, explorando su papel en la historiografía española desde el s. XVI al XVIII, en especial en la formación de ideas casi folclóricas sobre la España Antigua, resultado en buena medida de los mitos nacionalistas de cada época, con el esencialismo y «el afán exaltatorio y apologé-

tico enfocado en la competencia internacional» (37) comunes. El A. muestra de modo convincente cómo interviene Estrabón en la forja de ese ideario colectivo, especialmente en III.1.6 (de cómo se trata el pasado semi-mítico en la exaltación nacional) y III.4.5 (fuente del modelo que explica las invasiones como consecuencia de la desunión).

El tercer capítulo, de F. J. Gómez Espelós, inserta a Estrabón en la tradición griega sobre occidente, entre el mito y la ciencia. Lo mítico protagoniza la imagen de España entre los griegos hasta Polibio (cuyo libro sobre Hispania está perdido). Estrabón es el primer testimonio conservado de la actualización de la tradición mítica con la científica. El A. analiza no obstante los intentos inocentes de Estrabón de 'salvar' a Homero en muchos episodios occidentales, frente a su escepticismo sobre otros. Con Estrabón, observa el A., Iberia «entró de manera definitiva en el seno de la historia» (79).

El siguiente capítulo, de F. Trotta, en estrecha relación con el anterior, se centra en el proceder de Estrabón en la recopilación de información para la descripción de un país tan lejano. Su fuente básica, también aquí, es Posidonio, aunque utilice otras ocasionalmente, en muchos casos tomadas del de Apamea. Trotta muestra de modo atractivo su tratamiento de las fuentes y su posicionamiento en las controversias. Estrabón añade datos de la romanización (Trotta recoge ejemplos hispánicos), que no podían conocer sus fuentes principales, y así ensalza la *pax Augustea*.

Sigue la sección de J. M. Alonso Núñez sobre la Turdetania, paradigma de civilización en Estrabón por su romanización, en familiar oposición a las regiones del norte, aunque con una zona media. El A. ofrece una amplia (102-107) nota biográfica de Estrabón, no muy justificada y reproduce y parafrasea (no siempre correctamente) algunos pasajes, como III.1.6, pero: 1) no es «evidente» (111) que túrdulos y turdetanos fuesen los mismos en época de Estrabón, aunque él diga que *lo parecen*, y 2) Estrabón con «καὶ οἱ ἄλλοι δ' Ἰβηρῶν χροῶνται γραμματικῆ, οὐ μὲν δ' ἰδέα, οὐδὲ γὰρ γλώττη μὲν, ἀλλ' ἰδίᾳ» (III.1.6), no «contrasta [...] la unidad lingüística de los tartesios con la diversidad lingüística de los iberos» (112), para empezar porque «iberos» aquí significa «habitantes de Iberia». Quizá quiere decir que *la escritura tartesia* es diferente a otras, como también la lengua. Pero no habla de «unidad lingüística de los tartesios»: no tiene en cuenta el latín (III.2.15), obviamente.

Sigue la contribución de Pilar Ciprés sobre «El impacto de los celtas en la P. Ibérica...» De su primer apartado sobre el «estado actual» de estos estudios yo matizaría que el «carácter céltico» de la «onomástica y la toponimia», como una unidad, está muy lejos de parecer «confirmado» (123). La A. hubiera debido incluir referencias bibliográficas (134) sobre este tema, de vital importancia para la determinación de la celtidad de los pueblos ágrafos: ni siquiera se mencionan los trabajos básicos de Albertos, Lapesa, Untermann o Gorrochategui sobre antroponomía, ni otros más recientes (Abascal, Luján), ni los de toponimia de García Alonso, Villar, Moralejo y otros. Ni es correcto afirmar que «los lingüistas no se ponen de acuerdo» (123) con el lusitano: existe una casi unanimidad en contra de la celtidad: Untermann es una excepción. Pese a abogar por la interdisciplinariedad, en lo lingüístico es imprecisa e incompleta. La A. aborda un rico análisis de lo que Estrabón dice sobre los celtas hispanos, primero sobre su extensión total y luego específicamente sobre los celtíberos. En la traducción del pasaje II.4.4 de la pág. 132 hay un error evidente: «τὰ πρὸς ὄσιν τῆς Εὐρώπης», es, claro, la parte *occidental* de Europa, no la *oriental*.

El último capítulo, y el más extenso, es el de J. J. Sayas Abengoechea, «Unidad en la diversidad: la visión de Estrabón de algunos pueblos peninsulares», acerca de lo que Estrabón nos cuenta sobre el papel civilizador de Roma en el desarrollo de algunos pueblos hispanos, tras algunas atinadas observaciones sobre la necesaria y muy peligrosa comunión entre historia y arqueología. Comienza con los vascones, de

los que Estrabón destaca no tanto, o no sólo, la tradición propia como las manifestaciones de la romanización. El A. expone: 1) que Estrabón (III.3.7) no incluye a los vascones «entre los pueblos del norte» (160), de modo poco convincente; 2) «cuáles son los elementos culturales» que les atribuye y 3) «el alumbramiento en época romana, de una manera un tanto artificial, de una etnia vascona». Sayas trata luego de galayos, cántabros y astures, poniendo en duda que fuesen de hecho tan semejantes como afirma Estrabón. Poco conocidos hasta la conquista romana, las afirmaciones de Estrabón siempre han tenido gran protagonismo, pero ahora es sopesado con otros datos (epigráficos, arqueológicos... —y lingüísticos, añadiría, por escasos que sean—) que poseemos. El A. termina tratando, de nuevo, sus «formas de organización social y colectiva [...] y sus jerarquías y patrones de poder» (195), así como el «papel que la mujer asume en las tareas económicas» (201) y «los aspectos religiosos» (203).

El trabajo de Sayas, sintomáticamente, queda un poco cojo al no tratar lo lingüístico. Estrabón, como otras fuentes antiguas, aunque sólo sea por los nombres propios indígenas que nos transmite, es informador también del lingüista que aborda el estudio de las lenguas de los pueblos ágrafos. Este aspecto está casi ausente en un libro que, en varios lugares, aboga por la interdisciplinariedad. Quizá hubiera sido buena idea haber contado con algún lingüista para cubrirlo (y quizá con algún arqueólogo para esa «Perspectiva de Estudio»). Otras parcelas están bien cubiertas, aunque, inevitablemente, de modo desigual en un trabajo de autoría múltiple.

Para terminar, el volumen, agradablemente editado (pese a las 27 erratas que he contabilizado, y al viejo e incómodo sistema del o.c.), y tras un mapa de Iberia elaborado por P. Ciprés, recoge índices muy útiles de Cruz Andreotti. Sí podemos tomarlo, en su conjunto, como una interesante serie de enfoques actuales de estudio (aunque no estén todos) de un autor muy importante para una parcela del saber que goza de muy buena salud en nuestro país.

Juan Luis García Alonso
Universidad de Salamanca

Fernández-Posse, M.D., *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Madrid, Síntesis (Arqueología Prehistórica 1), 1998, 295 págs., 9 dibujos, 31 mapas y planos, 7 cuadros cronológicos e histogramas. ISBN 84-7738-592-3.

Esta publicación inaugura la nueva colección que la editorial Síntesis comienza bajo el título de Arqueología Prehistórica. Una iniciativa que dirige la Dra. Querol Fernández y que promete ser una interesante continuadora de la línea de la ya desaparecida serie de editorial Crítica.

Una clara estructura tripartita nos plantea un hilo conductor diacrónico: ayer, hoy y mañana. En todo el texto la autora opta por tomar unas líneas de investigación y obras que considera clave para escribir, sin sobrecarga de datos, de los principales puntos de interés científico sobre la zona y periodo a tratar, analizados a través de los principales trabajos del pasado y presente.

El primer capítulo, dedicado a lo «pasado», es una mirada a la Arqueología de este siglo. Nos presenta también la autora una firme y decisiva crítica al historicismo, y se une al movimiento «celticescético» que cada vez va ganando más cualificados adeptos en España. En este viaje al pasado vemos una completa revisión de las obras de los más relevantes arqueólogos del siglo, especialmente Bosch Gimpera, Almagro Basch o Maluquer entre otros. Es aquí donde se inicia una interesante y poco practicada inmersión de profundidad en la realidad sociopolítica de la producción arqueológica, que toma

especial relevancia en el contexto del mundo castreño y de la academia gallega. En general, hace del problema castreño una amplia presentación sobre todo en su problemática cronológica y geográfica, que sin embargo termina con un sincero escepticismo sobre la «renovación» de la Arqueología gallega en los años sesenta.

El segundo gran apartado lo dedica a la Arqueología del presente, comenzando una vez más con una puesta al día en las corrientes actuales. Entre las muchas cuestiones que plantea es quizá, una de las más interesantes, la exposición directa y sin tapujos de argumentos para separar Cogotas I del Bronce Atlántico. Un razonamiento sugestivo y que viene a cuajar sobre gran cantidad de nuevos datos y nuevas perspectivas de análisis en lo referente a este periodo. Esboza algunas cuestiones básicas sobre el tránsito del Bronce Final al Hierro para dar pie a la entrada en uno de los agujeros negros de la Arqueología de la Meseta Norte: la Primera Edad del Hierro. Salva este escollo con una exposición de los pros y contras de la interpretación de «grupos» y «culturas» y la aplicación de modelos sobre una evidencia escasa y tratada en su mayoría con métodos antiguos que respondían a otros planteamientos, o no apropiados para ofrecer una visión global del periodo en cuestión.

Será en el punto dedicado a la Segunda Edad del Hierro cuando se extienda más, demostrando además un especial interés por las cuestiones de Arqueología social y territorio. Es, con mucho, el apartado más largo (72 págs.), basado en largas exposiciones críticas de modelos aplicados por otros investigadores a diferentes zonas.

El problema del «panceísmo», el análisis espacial y la arqueología del paisaje, o el estudio de la complejidad social y los procesos de cambio son algunos de los principales puntos de este apartado. No falta un aviso contra las interpretaciones difusionistas y los modelos expansivos generados sobre estratigrafías «estrella». Igualmente reivindica los protagonismos perdidos ante los «fósiles guía», fruto de una Arqueología positivista generada en la primera mitad de este siglo y de la que aún nos dolemos. En cuanto a la interpretación, parece estar de acuerdo con procesos de larga duración, desarrollados no necesariamente de forma lineal, sin cortes bruscos no justificados.

El tercer apartado es, si cabe, más reflexivo. Un interesante ejercicio auspiciatorio basado en el análisis de las tendencias actuales y su desarrollo en el futuro inmediato. Para el mundo de Cogotas I su advenimiento al procesualismo que antaño le pasara por encima; para el Bronce Atlántico la vía cognitiva pese a sus peligros fabulatorios; así como para la Edad del Hierro un giro hacia lo socioeconómico al estilo anglosajón. Para los castros gallegos está clara una proyección intensa de los grupos de trabajo y el desarrollo de los planteamientos del interaccionismo y el materialismo histórico, especialmente vistos desde el ámbito de lo comarcal.

Tampoco olvida, muy al día de la realidad arqueológica, las «nuevas» formas de desarrollo de la actividad profesional en Prehistoria como la conservación, difusión o gestión del patrimonio cultural. Unas actividades que no pueden tener otra finalidad que la de integrar de forma efectiva el patrimonio en la vida social e institucional.

Un libro, en definitiva, reflexivo, franco y sintético, con mucha personalidad y un importante afán crítico al que ella misma no pretende escapar, pero sin llegar a ser doctrinario. Tan solo la incansable repetición del «arqueólogos y arqueólogos» deja patente una filiación discursiva que, por otra parte es muy actual y con puntos de vista interesantes, siempre y cuando no pretendamos «generizar» la Prehistoria. O, dicho en palabras de una gran investigadora de este campo: «That until, as an archaeologist, you can learn to give your imagined societies faces, you cannot envisage gender. Or, in somebody else's terms (Conkey's?) you cannot engender Prehistory» (Tringham, R. 1991: Households with faces: the challenge of gender in prehistoric architectural remains. Gero,

J. y Conkey, M. (eds.), *Engendering Archaeology*, 93-131. Blackwell's. Oxford). En cualquier caso, es un término muy coherente con la línea que parece va a establecer la dirección de la serie.

Oscar López Jiménez

Instituto de Historia. CSIC, Madrid

Arce, J.; Ensoli, S.; La Rocca, E. (al cuidado de): *Hispania Romana: desde tierra de conquista a provincia del Imperio*. Catálogo de la Exposición, Roma 1997. Madrid, Sociedad Editorial Electa España, S.A., 1997, 476 págs., figs. ISBN 84-8156-169-X.

El trabajo que ahora comentamos fue Catálogo de una magna exposición que se celebró en Roma durante los meses de septiembre a noviembre de 1997. Criterio fundamental fue presentar los principales hitos históricos y arqueológicos que hicieron de las provincias hispana y de sus ciudadanos, espejos más o menos fieles de la metrópolis y de los territorios alejados.

El guión de este Catálogo está condicionado por un claro esquema cronológico como reflejan las 14 secciones en que se divide: la primera sección se refiere a la Península anterior a la llegada de los romanos; a la conquista y colonización de nuevas tierras están dedicadas las secciones segunda a sexta, ocupándose la séptima de perfilar las características generales de la ciudad y de cotejarlas con las de la *Urbs* (a esta sección se le ha dedicado un tratamiento particularmente amplio por realizarse esta exposición en la capital italiana); a los distintos aspectos vinculados con la latinización o romanización se dedican las secciones octava a duodécima, para finalizar con las transformaciones del Bajo Imperio (secciones decimotercera y decimocuarta).

Cada una de ellas se ve documentada por breves trabajos que inciden, de forma más o menos directa, en el tema tratado. Es de destacar que, junto a las aportaciones de conjunto que plantean un desarrollo general del tema, se han dado cabida, con mucho acierto, a aspectos muy concretos pero que por su importancia, novedad o monumentalidad, requerían este tratamiento individualizado: no es otro el caso de los tesoros prerromanos de Arrabalde, el Senado consulta de Písón o el palacio de Cercadilla. De igual forma estimo que otros temas, suficientemente tratados con anterioridad en la bibliografía científica, no aportan nada nuevo en este Catálogo; dicho de otro modo, hubiese sido quizá más oportuno contar con nuevas visiones de aspectos como pa pintura o el *Trajanum* de Itálica, por citar sólo dos ejemplos, aunque ello no descalifica, en absoluto, la valía de estas aportaciones.

Hay un principal elemento de crítica en este trabajo centrado en traducciones no demasiado afortunadas y numerosos errores de imprenta que en ocasiones hacen incomprensible el sentido. El subtítulo del Catálogo nos proporciona un buen ejemplo de lo dicho con anterioridad: «desde tierra de conquista» se entiende en castellano, desde luego, aunque hubiese sido más correcto, a mi modesto entender, limitarse a traducirlo como «de tierra de conquista». Muchos, lamentablemente, son los ejemplos de lo segundo: Bonsot por Bonsor (pág. 83), Castuño por Castulo (77), marzo por marco (169), y así un no demasiado corto etcétera.

Mención aparte merecen aquellas erratas que cambian completamente el significado de las frases. Resulta hasta cierto punto divertido observar las concomitancias entre cuestiones de estilo y otras de carácter estrictamente religioso al leer «el tipo remite a una oración de baja época clásica» cuando debía decir «el tipo remite a una creación de baja época clásica» (pág. 382); mucho menos divertido es el origen otorgado a un sestercio: *Colonia Caesaraugusta Patricia* (Córdoba),

aunando en un solo nombre los de las ciudades ribereñas del Ebro y del Guadalquivir. Todos estos errores habrían tenido fácil solución bien con las oportunas correcciones de las pruebas de imprenta por parte de los autores, bien con un mayor cuidado por parte de los editores o incluyendo una fe de erratas; en esta misma línea de aparente precipitación en la edición de la obra se incluye la variedad en cuanto a la calidad de las fotografías: color, blanco y negro, algunas desenfocadas, algún plano distorsionado, etc.

No se puede por ello minusvalorar el enorme interés que la obra aporta para aquellos que quieran conocer trabajos de conjunto de la Arqueología y de la Historia Antigua en las provincias hispanas. El esfuerzo realizado por todos aquellos que hicieron este Catálogo y la exposición valió, sin lugar a dudas, la pena y es de justicia reconocerlo. De este modo se llevó una parte importante de tres provincias romanas a la capital haciendo alguna de ellas el camino de regreso que iniciaron hace ahora, más o menos, dos mil años.

Carlos Márquez
Universidad de Córdoba

J. Untermann (Mitwirkung von Dagmar Wodtko), *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*. Wiesbaden, Dr. Ludwig Reichert Verlag, 1997, 758 págs., 7 mapas, varios cuadros e índices de palabras, fotografía y/o dibujo de la mayor parte de las inscripciones. ISBN 3-88226-892-1.

Tras la publicación de las leyendas monetales (1975), las inscripciones ibéricas del sur de Francia (1980) y las inscripciones ibéricas de la Península Ibérica (1990), Jürgen Untermann culmina con la publicación de las inscripciones del S.O., las celtibéricas y las lusitanas el corpus de la epigrafía paleohispánica (MLH)¹, una de las obras de más envergadura que se haya consagrado nunca a las lenguas fragmentariamente atestiguadas de la Antigüedad, y el logro mayor de los estudios paleohispánicos desde el desciframiento de la escritura paleohispánica por obra de D. Manuel Gómez Moreno. La obra, iniciada en 1958, se caracterizó desde su primer volumen por unas exigencias ejemplares, superiores a las habituales en este tipo de publicaciones a pesar de la tradición de rigor que desde el siglo XIX se ha ido imponiendo en ellas. El presente volumen mantiene el alto nivel de los anteriores y poco hay que discutir a la edición concreta de cada texto ya que, por problemática que sea la lectura de algunas inscripciones debido a causas materiales, el A. proporciona normalmente al lector un eficaz medio de trabajo. Sí son discutibles sin embargo algunos de sus criterios generales.

El A. ha optado en todos los volúmenes de MLH por dar una considerable amplitud a la materia introductoria, que constituye en el conjunto de los cuatro volúmenes la única presentación general de las lenguas paleohispánicas utilizable de que disponemos hasta la fecha y, dado el estado de la disciplina plagado de cuestiones abiertas y de problemas que esperan solución, es inevitable que muchas de las opiniones del A. no representen sino alternativas posibles, que sin embargo en el contexto de un corpus de la autoridad de MLH pueden llegar a convertirse, para el lector no directamente implicado en estas investigaciones, en conclusiones definitivas. Si esto afecta a todo el campo de la epigrafía paleohispánica, se hace sentir particularmente en las del S.O. y celtibérica por razones propias de cada una de ellas; no se le puede reprochar por lo tanto

a Jürgen Untermann el que nos haya dado su epigrafía del S.O. y su epigrafía celtibérica, pero sí el que en ocasiones nos las haya dado como indiscutibles o, por lo menos, como generalmente admitidas cuando se trata de cuestiones muy polémicas sobre las que existen opiniones divergentes.

Por citar algunos ejemplos tomados del celtibérico: ocurre así con la cuestión de los límites de la lengua (pp. 351 y 352), límites que debo reconocer que desconozco y que no veo forma de determinar con la información de que disponemos excepto por el Este, o con la interpretación fonética del grafema que tradicionalmente se transcribía *s* (p. 382), cuestión en la que el lector no informado sacará inevitablemente la conclusión de que el A. y F. Villar opinan lo mismo cuando lo cierto es que sus posiciones difieren considerablemente (vid. también pp. 694-6). Este problema repercute seriamente en la edición de las inscripciones, ya que el A. utiliza una transcripción, ¶, que sólo una minoría de los implicados en el estudio del celtibérico considera aceptable. Paso al análisis concreto de la obra.

I. Inscripciones tartesias (pp. 93-348)

La primera parte está dedicada a las inscripciones que el A. llama tartesias. La denominación, usual y por lo tanto comprensible, me sigue pareciendo inadecuada a pesar de la defensa del A. en el capítulo introductorio ya que implica una adscripción histórica y cultural no sólo no demostrada, a diferencia de los casos ibérico, celtibérico o lusitano, sino a mi modo de ver improbable con los datos actualmente disponibles. El mismo capítulo contiene las inscripciones no recogidas en el corpus, sobre algunas de las cuales sin embargo el A. da considerable información. Se trata de cuatro grupos: 1) inscripciones que por su brevedad carecen de valor lingüístico (pp. 97-104), 2) signos al parecer sin sentido (104-5), 3) inscripciones perdidas (106-8) y 4) inscripciones que el A. considera ibéricas meridionales aunque procedan de territorio en que también han aparecido inscripciones «tartesianas» (109-13). El primer y tercer grupo, dado su valor como testimonio del uso epigráfico, deberían figurar en el corpus propiamente dicho; por otra parte creo que algunas de las inscripciones del primer grupo que el A. considera fenicias no pueden serlo. El cuarto grupo, al que habría que añadir el óstrakon de Villas Viejas², plantea problemas diversos que en parte se aligerarían admitiendo, contra la opinión del A., una mayor extensión de la escritura meridional, incluyendo en parte inscripciones del primer grupo, una mayor complejidad de sus variantes, y la posibilidad de inscripciones meridionales no lingüísticamente ibéricas.

El segundo capítulo está dedicado a la historia de la investigación y el tercero a cuestiones históricas y arqueológicas. Ambos contienen información básica, clara y bien organizada, lo que en la parte histórica, en la que se integra la cuestión tartesia, es particularmente difícil y bienvenido. Creo sin embargo que hubiera sido necesario insistir más en la estratigrafía de las noticias sobre las ciudades andaluzas, lo que llevaría a reducir considerablemente el valor de Tolomeo como fuente y haría innecesario negar la realidad de la *Celtica Gaditana* (p. 124) en contra de las fuentes más sólidas. En lo que respecta a los autores de las estelas inscritas el A. adelanta hipótesis interesantes (pp. 134-5), aunque sin apoyo arqueológico; pero desde el punto de vista de la arqueología la cuestión más trascendental es la de la fecha de las inscripciones, y aquí creo que el A., desde siempre partidario de una cronología muy baja (p. 136), piensa que la información de que disponemos es mucho menos clara de lo que, sin serlo mucho, realmente es.

² Hernández Hernández, F.: 1985: Nuevos grafitos de Extremadura, *NAH* 20, 221-4; Hernández Hernández, F., Rodríguez, M^a. D. & Sánchez, M^a. A.: 1989: *Excavaciones en el Castro de Villasviejas de Tamuja (Botija, Cáceres)*, Mérida.

¹ En realidad falta un último volumen con índices generales y el material onomástico, pero el corpus epigráfico se completa con este volumen.

El capítulo de la escritura es excelente en los aspectos descriptivos; en la interpretación peca quizá de optimismo dada la todavía desoladora situación del problema a pesar de los importantes progresos de los últimos veinte años desde que se intenta extraer sistemáticamente las conclusiones de los hallazgos esenciales de Schmoll. Un útil bloque de ilustraciones acompaña este capítulo; en ellas se han introducido sin embargo algunos errores, por ejemplo la contradictoria interpretación del origen del signo *s*; en pp. 154 y 155, o un par de las transcripciones que se me atribuyen en p. 153.

El mismo contraste entre descripción e interpretación que he señalado en el caso de la escritura se da quizá aún más marcadamente con respecto de la lengua. En particular no veo base para las comparaciones que insinúan elementos indoeuropeos en las inscripciones del S.O.; al ser selecciones parciales de segmentos de inscripción y dada la inseguridad de muchas transcripciones, sería posible establecer comparaciones con cualquier corpus epigráfico, indoeuropeo o no.

Esta parte introductoria se cierra con útiles mapas y cuadros, índice directo e inverso de palabras, problemático por supuesto dadas las dificultades de segmentación, concordancias de ediciones³ e índice de lugares de hallazgo de las inscripciones aunque no de los lugares de conservación. El cuadro de variantes formales de los signos es particularmente útil, aunque es lástima que en p. 171 sólo se dibujen las variantes de los signos que el A. cree poder transcribir y no de los que considera indecifrados y reproduce por lo tanto en imagen normalizada, por lo que al listar los ejemplos de cada variante en las pp. siguientes el lector no sabe a que se refieren los números que distinguen las variantes de éstos últimos.

La edición de las inscripciones mantiene los sólidos criterios utilizados ya anteriormente en MLH aunque se resiente del ya mencionado optimismo sobre el grado de desciframiento de los signos. Las fotografías son excelentes⁴. Quizá hubiera sido conveniente mantener en todos los casos en que un yacimiento ha proporcionado varias inscripciones la numeración interna a la que ya estamos acostumbrados, como se hace por ej. en el caso de Mealha Nova (J.18.1-3), y no cambiarlos como por ej. en el de Fonte Velha (J.1).

II. Inscripciones celtibéricas (349-722)

La introducción proporciona los datos básicos sobre distribución de las inscripciones⁵, cronología, soportes, etc. En la justificación de inscripciones no recogidas en el corpus conviene distinguir más netamente las falsas de las simplemente mal transmitidas, como la de Calatayud (pp. 355-6), que a

³ Las referencias a las inscripciones 12 y 13 del corpus de Mello Beirão están cambiadas.

⁴ Inscripciones nuevas: Faria, A. M. de: 1994: Uma inscrição em caracteres do Sudoeste achada em Mértola, *Vipasca* 3, 61-3; Faria, A. M. de & Soares, A. M. M.: 1998: Uma inscrição em caracteres do Sudoeste proveniente da Folha do Ranjão (Baleizão, Beja), *RP de Arqueologia* 1, 153-60; Correia, J. A.: 1996 (1998): Grafito paleohispánico hallado en el depósito de Garvão (ourique, Beja), *SPAL* 5, 167-70 (cf. Correia, V. H. en *De Ulisses a Viriato. O primeiro milénio a.C.*, Instituto Português de Museus, 272; es de suponer que en MLH esta inscripción habría sido incluida entre las de pp. 97-104 ya citadas). J.5.1 era una inscripción inédita que ha sido publicada independientemente de MLH en Gomes, M. Varela: 1997: Estela epigrafiada e necrópole de Barradas, Benafim, Loulé, separata de *al-pulyā*, Loulé; las dos ediciones presentan fuertes discrepancias, sin que las fotografías publicadas en ambas permitan decidir en todos los casos.

⁵ En la p. 352 al citar las inscripciones aparecidas fuera del territorio lingüísticamente celtibérico el A. excluye la de Monsanto da Beira (K.0.1), de cuya procedencia portuguesa no creo que se pueda dudar pero, incluso desde el punto de vista del A. que atribuye al celtibérico una amplia extensión occidental, la neta separación de este hallazgo respecto de la zona epigráfica celtibérica aconsejaría una mención explícita. Por otra parte habría sido conveniente señalar en el mapa 4 (p. 436), único en el que sería posible, esa inscripción y las de Ibiza y Gruissan.

pesar de carecer de un texto fiable constituye por su soporte y su procedencia un dato importante sobre la epigrafía celtibérica. En la historia de la investigación se echa de menos el papel esencial que desempeñó Caro Baroja (p. 359) y la importancia que tuvo el artículo del A. de 1967 sobre el genitivo celtibérico (p. 360); el que se me atribuya un trabajo de síntesis sobre la gramática celtibérica (p. 361) debe ser una confusión, ya que el trabajo citado aunque tal vez contenga alguna aportación al conocimiento de la epigrafía celtibérica no se ocupa prácticamente de su gramática.

Respecto a la parte histórica ya he comentado algo; quizá en ella podría haber encontrado sitio una valoración, que se echa en falta, del importante fenómeno de la epigrafía celtibérica en escritura latina. El capítulo sobre los soportes entra también en cuestiones de estructura textual, especialmente en el caso de las téseras de hospitalidad, inevitablemente polémicos; por ej. en p. 377, a pesar de la matización en n. 24, el lector puede sacar una falsa impresión de seguridad («mit einiger Gewißheit») respecto del desarrollo de la abreviatura *kar*, esencial en la terminología institucional celtibérica, pero que en realidad no sabemos a qué corresponde.

Los capítulos sobre escritura y lengua, con información excelente especialmente el segundo, no dejan de plantear problemas polémicos a alguno de los cuales ya me he referido. Por otra parte me alegra comprobar que en el mapa 6 (p. 438) y en el cuadro de signos de pp. 441-2 se recoge la diferencia entre las dos variedades de escritura celtibérica como un fenómeno que no sólo afecta a las nasales sino que tiene un carácter más amplio, tal como he venido señalando desde 1974 en varias publicaciones⁶. También es excelente la información del capítulo sobre los nombres personales, que en todo caso debe ser integrada con el comentario al tercer bronce de Botorríta (K.1.3).

El conjunto habitual de útiles de trabajo que caracteriza a MLH, mapas, cuadros de signos y de sus variantes, índice directo e inverso de palabras, concordancia de ediciones, índice de lugares de hallazgos (pero de nuevo no de lugares de custodia), se completa en este caso con un elemento más. Se trata de una bibliografía ordenada alfabéticamente de las palabras atestiguadas en las inscripciones celtibéricas, obra de una discípula del A., Dagmar Wodtko, que ocupa las pp. 490-534. En principio se excluyen los NNP seguros, aunque de hecho se incluyen formas que pueden serlo. Cada entrada comprende los datos gramaticales básicos de la palabra aceptados en la edición, la lista de referencias a la palabra en los diversos autores, con intención exhaustiva que en general parece haberse logrado, y las propuestas alternativas a la adoptada en la edición, a veces con interpretaciones o atribuciones que los supuestos autores tal vez rechazarían. Es un instrumento de trabajo muy útil, pero su búsqueda aseptia en la valoración de las diversas propuestas sufre a veces al considerar la A. que ciertas posibilidades han quedado definitivamente descartadas por un supuesto avance de la investigación que, en casos, no es sino una idea verosímil y popular en el momento actual.

Como ya he dicho la edición mantiene un nivel excelente; sólo se echa de menos mejor ilustración gráfica en algunos casos, en especial en el tercer bronce de Botorríta (K.1.3)⁷.

⁶ De Hoz, J. & Michelena, L.: 1974: *La inscripción celtibérica de Botorríta*. Salamanca, 111-5, y con más precisiones de Hoz: 1983: Origine ed evoluzione delle scritture ispaniche, *AIQN* 3, 27-61, 34-6 con mapa 2 y cuadros 2-3.

⁷ Desde que MLH IV fue enviado a la imprenta se han publicado algunas nuevas inscripciones celtibéricas: Pellicer, J.: 1995: Monedas con epígrafe celtibérico *Tamusia-Tamusia* y la tésera latina con inscripción *Tamuçiensis car*, *Gaceta numismática* 119 (67-76), 71 y 75 (cf. en MLH p. 377 n.21); Faria, A. M. de: 1998: Duas novas téseras celtibéricas de procedência desconhecida, *Revista Portuguesa de Arqueologia* 1, 119-22; Turiel, M.: 1998?: *Tésera de Slania*, edic. del A.; Castellano, A. & Gimeno, H.: 1999: Tres documentos de *hospitium inéditos*, *Actas VII = Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana. Actas del VII coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*, F. Villar & F. Beltrán eds., Salamanca (359-74), 359-62; de

Hay dos problemas generales sin embargo que conviene tener en cuenta. El A., consciente de lo limitado de nuestra comprensión del celtibérico, procura ceñirse en el comentario a los hechos más seguros pero a veces, quizá inevitablemente, no deja ver al lector el carácter hipotético de su propia interpretación de las inscripciones; por otro lado ha preferido no confrontar críticamente las interpretaciones alternativas, lo que para el lector no especialista, máxime al ocurrir lo mismo en la bibliografía mencionada de Wodtko, puede resultar una considerable confusión, en especial en el caso del primer bronce de Botorrita (K.1.1) del que se han publicado lecturas muy precisas. El segundo problema atañe a la definición del corpus; en principio se trata de un corpus celtibérico pero en él se recogen inscripciones claramente ibéricas aunque de zona celtibérica, incluso publicadas ya por el A. en MLH III (E.7.1 = K.5.3). En principio un corpus geográfico, en el que por ejemplo se recogiesen todas las inscripciones del valle medio del Ebro preagustea, ibéricas, celtibéricas y latinas, tendría plena justificación como repertorio documental de un determinado momento histórico en un espacio definido, pero los MLH habían seguido hasta ahora un criterio lingüístico y grafemático que permite por ejemplo afrontar cómodamente el estudio de la epigrafía propiamente ibérica. Creo que sería preferible reconocer que los datos recientes indican una extensión tardía de la epigrafía ibérica Ebro arriba, en territorio no sólo celtibérico sino también de otras etnias como los vascones, y que ese bloque de inscripciones ibéricas merecerían su propia presentación autónoma, separadas por un lado de las ibéricas del grupo E y por otro de las celtibéricas del K, incluso si éstas aparecen a veces en los mismos yacimientos, de igual forma que en un corpus de inscripciones etruscas no se incluyen con las de Campania las oscas o paleo-oscas de la misma procedencia.

III. *Las inscripciones lusitanas* (pp. 723-58)

La última y más breve parte de la obra está dedicada a las inscripciones lusitanas y comprende una introducción en que se esbozan muy rápidamente los problemas históricos, dejando de lado la cuestión polémica de la clasificación de la lengua que en una n. (1 de p. 727) es considerada irrelevante para la interpretación de las inscripciones, aunque de hecho como veremos influye significativamente en la posición adoptada por el A. en muchas cuestiones concretas, y se da una descripción muy útil de los rasgos lingüísticos inevitablemente polémica en numerosos puntos. La introducción incluye también el índice directo e inverso de palabras y un índice bibliográfico, obra como el del celtibérico de D. Wodtko y realizado con los mismos criterios que el anterior⁸.

Sin entrar de lleno en aspectos discutibles sí quisiera llamar la atención sobre un hecho llamativo, a mi modo de ver condicionado por la convicción del A., contraria a la opinión más común, de que lusitano y celtibérico no son sino variantes dialectales de una única lengua céltica. En pp. 732-3 se nos dice que el lusitano posee un gen. de tema en *-o-* terminado precisamente como en celtibérico en *-o-*; aunque no se insiste en ello,

Hoz: 1999: Los metales inscritos en el mundo griego y periférico y los documentos celtibéricos en bronce, *Actas VII* (433-70), 457-9; Remesal, J.: 1999: En torno a una nueva tésera de hospitalidad, *Actas VII*, 595-603; Vicente, J. D. & Ezquerro, B.: 1999: «El bronce celtibérico de Torrijo del Campo (Teruel)», *Actas VII*, 581-94; Villar, F. & Untermann, J.: 1999: «Las «téseras» de Gadir y Tarvodorum», *Actas VII*, 719-31. A pesar de su dudosa celtiberidad, de acuerdo con los criterios de MLH IV habría que incorporar también el grafito publicado en Hernández Vera, J. A. & Núñez Marcen J.: 1989: «Un nuevo antropónimo indígena, sobre cerámica, procedente de Graccurris», *Veleia* 6, 207-14. Además de estas inscripciones hoy día se tiene noticia de varias téseras inéditas y de un par de inscripciones sobre otros soportes, aparte el nuevo bronce de Botorrita cuya edición preparan F. Villar y C. Jordán.

⁸ No se incluye un mapa específico de las inscripciones lusitanas, pero están señaladas en el mapa 4 (p. 436) en la introducción a la epigrafía celtibérica.

la conclusión obvia, dado lo peculiar de la forma celtibérica, es que muy probablemente se trataría de lenguas estrechamente relacionadas. El A. basa su interpretación en dos supuestas secuencias, ARIMOM SINTAMO y TEVCOM SINTAMO, de la inscripción de Arroyo en las que SINTAMO difícilmente podría ser otra cosa que un determinante en genitivo del nombre al que sigue y con el que no puede concertar. Sin embargo si observamos la propia lectura de esa inscripción dada por el A. lo que encontramos es ...INDI.AR/IMOM.SINTAMO/M.INDI.TEVCOM./SINTAMO. La primera secuencia es sin duda ARIMOM SINTAMOM, y en ningún momento intenta el A. explicar la M inicial de línea como abreviatura o de cualquier otra forma, simplemente la ignora. Ahora bien, si en un caso SINTAMOM está concertado con el nombre que le precede es imposible que en otro sea un genitivo que lo determina. Teniendo en cuenta que se trata de una inscripción perdida y con problemas de lectura ya en el momento en que fue copiada, lo lógico es restituir en la segunda secuencia TEVCOM SINTAMO[M], y obtener así dos secuencias paralelas unidas por la copulativa INDI, es decir, excepto en la hipótesis del genitivo que es en realidad un adjetivo concertado, el mismo esquema aceptado por el A., en cuya versión sin embargo sobra una M inexplicada e inexplicable.

En cuanto a la edición de las inscripciones, una vez más el nivel epigráfico es excelente, aunque en las fotos de las dos inscripciones conservadas han quedado fuera algunas letras de las líneas más largas⁹. La interpretación por su parte tropieza más aún que en otros casos con lo reducido del material; inevitablemente distintos autores pondrán distinto énfasis en la posibilidad mayor o menor de ciertas alternativas, pero difícilmente se podrá afirmar rotundamente que alguna de las propuestas de la obra sea inviable. Resulta sin embargo sorprendente que el A. considere que su novedosa interpretación de la inscripción de Cabeça das Frágoas es la única posible («TREBOPALA und ICCONA...können nur als N(nominativ)Sg. verstanden werden, wahrscheinlich sind es Personenbezeichnungen», p. 758). No me atrevería a declarar absolutamente imposible la interpretación del A., dado lo poco que aún sabemos del lusitano, pero desde luego su interpretación resulta, tanto desde la lingüística como desde los usos epigráficos votivos generales o los paralelos locales latinos, mucho menos verosímil que la interpretación habitual que ve en TREBOPALA e ICCONA nombres de divinidades en dativo, ambos con plausible etimología como tales.

En todo caso lo importante no son las discrepancias que diversas interpretaciones del A. puedan suscitar; a fin de cuentas no se trata de una obra de vulgarización, aunque sí será consultada por historiadores y arqueólogos que a veces podrán sacar una impresión equivocada sobre el grado de probabilidad o de aceptación entre los especialistas de ciertas ideas. Pero lo importante es que, al igual que ocurrió con los volúmenes anteriores de MLH, hemos pasado de depender de multitud de publicaciones, de desigual calidad y muchas de ellas de difícil acceso, a contar con una obra extraordinariamente sólida a partir de la cual se puede desarrollar cualquier tipo de investigación sobre las lenguas paleohispánicas. El tomo que comentamos por sí solo representaría un título de gloria para cualquier investigador; como conclusión de los tres precedentes es una obra verdaderamente admirable de la que debemos felicitarlos todos los que tenemos algún interés por el tema a la vez que expresamos nuestra gratitud y nuestra admiración a su autor.

Javier de Hoz
Universidad Complutense. Madrid

⁹ F. Villar y R. Pedrero preparan la publicación de un nuevo texto lusitano procedente, como L.1.1, de Arroyo de la Luz. Un texto indoeuropeo de territorio próximo a Lusitania, pero en principio adscribible a los célticos de la Beturia, es un nombre personal en escritura latina, pero lengua no latina, repetido en cuatro grafitos y publicado en Berrocal, L.: 1989: El asentamiento «céltico» del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz), *CuPAUAM* 16 (245-95), 258-9 y 288.

A.U. Stylow, R. Atencia, J. González, C. González, M. Pastor, P. Rodríguez Oliva, *Inscriptiones Hispaniae Latinae. Editio altera. Pars V: Conventus Astigitanus (CIL II²/5)*, Berlín 1998 (*Corpus Inscriptionum Latinarum*, vol. II, G. Alföldy, M. Mayer y A.U. Stylow, [eds.]), xlii + 423 pp, tab. geog., microfichas. ISBN 3-11-015195-2.

Tres años después de que saliera a la luz el primer fascículo de la nueva edición de *CIL II*, aparece ahora el volumen dedicado al *conuentus Astigitanus*, el tercero de los publicados hasta la fecha tras los correspondientes al *Tarraconensis* (*pars meridionalis*) y *Cordubensis*.

Como en todas las empresas editoriales, la práctica va imponiendo algunos cambios sustanciales que mejoran de forma sensible el resultado. En esta ocasión, la principal novedad gráfica reside en la incorporación de la fotografía junto a los textos en más de 350 epígrafes, lo que ha permitido suprimir las láminas fotográficas finales de los dos primeros fascículos. El cambio ha permitido incluir un elevado número de imágenes, muy superior al de las ediciones precedentes, y mejora de forma sensible el uso del libro.

El número de epígrafes contenidos en el volumen supera los 1500; aunque la numeración sólo alcanza hasta 1350, las incorporaciones finales insertas en el texto y los numerosos desdoblamientos para incluir las marcas sobre *instrumentum domesticum* incrementan esta cifra hasta algo más de 1500 entradas.

Para quienes trabajan en la epigrafía de la región, el nuevo fascículo de *CIL II* tiene una primera ventaja de orden topográfico: hasta un total de 54 encabezamientos ordenan la obra en municipios y colonias, separando también los grupos de epígrafes procedentes de parajes cuyo nombre antiguo se desconoce y para los que se emplea como encabezamiento un topónimo actual.

De este modo, tan importante como el análisis de los textos es la ordenación territorial que se propone, a la que se incorporan nuevas entradas y en la que se proponen cambios de envergadura. Baste decir, por ejemplo, que el término de la localidad de Priego de Córdoba se asigna a tres enclaves distintos (*Iliturgicola*, *Cisimbrium* y el existente en el Cerro de la Almazora); otro tanto ocurre con Castro del Río o Puente Genil, sin abundar en los ejemplos.

Aunque hace algunos años que el mismo Stylow publicó el epígrafe determinante para su ubicación, ahora toma forma el *corpus* de *Segida Augurina*; del mismo modo se ha incrementado y ha adquirido forma el catálogo de *Olaurum*, se reconocen ya entidades en torno a paisajes actuales como *Los Argamasones* (Gilena), *Cerro de la Atalaya* (Ecija) o *Monte Horquera* (Nueva Carteya), etc.

En el volumen destaca la importante presencia de la epigrafía jurídica relacionada con las colonias y municipios del *conuentus*; merece resaltarse el esfuerzo realizado para ordenar las placas y los fragmentos de la *lex Vrsonensis* (CIL II² 5, 1022; pp. 287-309), que por segunda vez en pocos años reciben la atención que merecen (cfr. M.H. Crawford, *Roman Statutes*, London 1996, pp. 393 — 455); cabe citar aquí también el ejemplar del *SC Pisone* de Nido del Grajo (Benamejí, CIL II² 5, 900) y, al mismo tiempo, se incorporan algunos fragmentos inéditos como el posiblemente relacionado con la *lex Iliturgicola* (CIL II² 5, 251) o el del Cerro de la Atalaya (CIL II² 5, 1120).

Un lugar destacado ocupan también los llamados «ladrillos paleocristianos», que se han recogido meticulosamente, tomando en consideración incluso los vaciados conservados en diversas instituciones, continuando así la recogida sistemática ya iniciada en el fascículo del *conuentus Cordubensis*. La inclusión de las inscripciones cristianas preislámicas ha permitido incorporar al volumen el Tesoro de Torredonjimeno (pp. 45-49) o textos tan significativos como la *defixio* cristiana de Fernán Núñez (CIL II² 5, 510a).

Juan Manuel Abascal
Universidad de Alicante

J.M. Iglesias y A. Ruiz, *Epigrafía romana de Cantabria*, Bordeaux — Santander 1998, 209 pp., 13 lám. (*Petra Hispaniarum* 2). ISBN 84-87934-70-6 / 2-910023-11-7.

Continuando la serie iniciada en 1994 con *La epigrafía romana de Teruel* (Navarro, M., *Petra Hispaniarum* 1), aparece ahora el segundo volumen de esta empresa editorial hispano — francesa coordinada desde Burdeos para editar los *corpora* epigráficos hispanos. El ámbito elegido en esta ocasión tiene un especial interés por afectar a un territorio en el que la información estaba muy dispersa, y en donde existían serias dificultades para individualizar algunos monumentos.

Uno de los principales méritos del volumen es el riguroso tratamiento de los hitos de la *legio IV Macedonica*, en los que las dificultades toponímicas y los extravíos habían creado una selva inexpugnable salvo para alguien que conociera con detalle el paisaje de los hallazgos. La mitad del corpus está dedicado a los llamados «epígrafes menores», es decir, a los grafitos sobre *instrumentum domesticum*, en gran parte procedentes de las excavaciones arqueológicas en *Iuliobriga*. El volumen incluye dos piezas emblemáticas de la epigrafía de la Hispania septentrional; nos referimos al ara de Erudino de las cercanías de Torrelavega y a la pátera de Otañes, que ocupan aquí un lugar destacado.

Como ya se intuía por lo publicado hasta la fecha, la epigrafía cántabra tiene un reducido peso fuera de la esfera de lo público, y los términos augustales y miliarios constituyen más del 60% de los epígrafes sobre piedra en la región. En contraste con otras zonas de Hispania, incluso también con las regiones vecinas, la epigrafía funeraria es muy escasa (nº 7 - 15), reduciéndose la epigrafía privada casi exclusivamente a los grafitos.

Juan Manuel Abascal
Universidad de Alicante

R. Étienne (edit.), *Itinéraires Lusitaniens*. Diffusion E. de Boccard, Paris, 1997. 298 págs., ilustr. s/ ISBN.

Editado sob orientação de R. Étienne e F. Mayet, o volume traz como subtítulo *Trente années de collaboration archéologique luso-française*, uma vez que reúne as comunicações apresentadas, em Bordéus, a 7 e 8 de Abril de 1995.

São três os itinerários: o primeiro, um itinerário urbano, porque centrado na cidade de Conímbriga, alvo de sistemáticas campanhas de escavações luso-francesas (de 1963 a 1972) e cujos resultados são por de maí os conhecidos através da exemplar publicação dos sete volumes das *Fouilles de Conimbriga*; segundo itinerário levou a equipa a desvendar o mundo rural. A equipa francesa, adoptando outros elementos portugueses, dirigiu-se depois para um outro itinerário, a que designou de «industrial e marítimo», pois que visava a exploração de assentamentos romanos sítos nas margens di rio Sado, nas proximidades de *Salacia* e de Setúbal. E as jornadas de Bordéus, de que o volume se faz eco, não foram propriamente de balanço, que para isso já havia as publicações. Reuniram intervenções complementares.

Assim, no que a Conímbriga diz respeito, Ana Arruda deu conta (pp. 13-33) dos resultados das sondagens que, em 1988 e 1989, fizera em redor do forum da cidade, à procura dos vestígios pré-romanos, que datou da segunda metade do I milénio a. C., com apogeu situável nos séculos IV e III a. C.

Virgílio Hipólito Correia, por seu turno — que era, na altura, técnico do sítio arqueológico e que ocupa, desde 1999, o lugar de Director do Museu Monográfico de Conímbriga e, consequentemente, de responsável pelas ruínas — mostrou (pp. 35-48) os resultados obtidos nas sondagens feitas numa das

portas da cidade, integrada em muralha que datou, com argumentos, do tempo de Augusto; e referiu-se, com mais pormenor, aos trabalhos levados a efeito no anfiteatro e na chamada «Casa dos Repuxos».

A interpretação das estruturas e a cronologia proposta para os *fora* de Conimbriga não obteve consenso por parte de alguns investigadores. A intervenção em Bordéus a este propósito (pp. 49-68) é também assinada por R. Étienne e Jean-Claude Golvin; coube, no entanto, à Dra. Maria Adília Alarcão (responsável, na altura, pelo sítio) a argumentação com base em fina análise da estratigrafia, contrariando, assim, as propostas de Roth-Congès, considerando-as sem fundamento arqueológico.

O volume-relatório das escavações na *villa* de São Cucufate teve uma filosofia diferente da que presidiu à elaboração das *Fouilles de Conimbriga*: enquanto aqui se procurou ser arqueologicamente exaustivo, nos dois volumes *Les villas romaines de São Cucufate (Portugal)*, Paris, 1990, optou-se por apresentar grandes sínteses e os resultados arqueológicos em quadros sinópticos. E, neste caso, F. Mayet associou a si Anne Schmitt para fazer a tipologia e a análise petrográfica do material anfórico (pp. 71-109). Outro dos recipientes próprios duma *villa* agrária é o *dolium*; desse estudo se encarregou Inês Vaz Pinto. Maria da Conceição Lopes apresentou os primeiros resultados da sua investigação acerca da ocupação do solo em torno de São Cucufate e, concomitantemente, em torno da colónia de *Pax Iulia* (p. 157-178).

Inicia o «Itinerário industrial e marítimo» (pp. 179-273) uma digressão, teórica, sobre *taricheai* (pp. 181-193), assinada por Patrick Counillon e R. Étienne. Relata-se (pp. 195-208) o que foi a operação de limpeza e levantamento topográfico no notável sítio de Tróia. Isabel Pereira, co-autora do III volume das *Fouilles de Conimbriga* dedicado às moedas (único, aliás, galardoado com um prémio internacional) e directora, ao tempo, do Museu Municipal Dr. Santos Rocha, da Figueira da Foz, apresentou — pela primeira vez de forma sistemática — os materiais provenientes de Santa Olaia, um notável sítio localizado nas margens do Rio Mondego, em que a presença fenícia está bem evidente. A derradeira intervenção (pp. 255-273) pertenceu a F. Mayet e a Carlos Tavares da Silva (o arqueólogo português superiormente indicado para acompanhar os trabalhos da equipa francesa) e teve a colaboração de Yasmine Makaroun. Tema: o estabelecimento fenício de Abul (Alcácer do Sal).

R. Étienne, em «postface» (p. 275-277), anulou o interesse da intervenção de Virgílio H. Correia e contestou a opinião de Isabel Pereira.

Os textos são todos em língua francesa, mas há, no final de cada, uma síntese em português. Muito útil a tábuas das figuras e de extrema utilidade também os índices (de fontes, de nomes, geográfico e de assuntos).

Um documento singular para a História do que pode representar uma colaboração internacional no domínio da Arqueologia.

José d'Encarnação
Universidade de Coimbra

A. Cepas Palanca, *Crisis y Continuidad en la Hispania del siglo III*, Madrid (Anejos de A EspA, XVII, Madrid 1997), 281 pp., numerosos planos, mapas y gráficos. ISBN 84-00-07703-2.

Desde el punto de vista de la historiografía, en bien pocas ocasiones ha ido la soga más rápida tras el caldero que en el tratamiento del siglo III. A un panorama trufado de crisis institucionales, invasiones de moros o de bárbaros, imposturas y dificultades de todo género, que parecía inferirse sin dificultad del

análisis de los textos contemporáneos, se vino a unir la multitud de hechos arqueológicos, naturalmente todos «perfectamente contrastados», como las evidencias de destrucciones masivas de ciudades a partir de la mitad del siglo III, la devastación del otrora opulento agro hispano, evidenciada una y mil veces por los niveles de destrucción de cualquier villa romana excavada desde los años 20, la agobiante inflación de la moneda, por no hablar de lo inequívoco de la aparición de los tesorillos jalando una, dos o más invasiones ultrapirenaicas. Desde los años 40 ésta era la pintura con la que se acababa —sin ulteriores comprobaciones— cualquier historia de la España romana.

Este es el panorama con el que tuvo que enfrentarse Adela Cepas cuando aceptó el reto de reestudiar el siglo III en Hispania. Contaba a su favor con la tradición historiográfica europea, de variada índole pero coincidente en la reinterpretación favorable a este siglo de oscuridad, y nuevos aires esbozados en nuestro país por J. Arce en varios trabajos y reunidos en su *Último siglo de la Hispania romana*. Creo que como director de la tesis y persona comprometida en la normalización historiográfica de España con el resto de Europa, esto fue seguramente lo que le llevó a sugerir el tema a Adela Cepas. Contaba también con las primeras evidencias arqueológicas que la entonces incipiente arqueología urbana estaba proporcionando. De manera que tuvo desde el principio sólidas razones historiográficas y arqueológicas (las dos sustento del panorama entonces consagrado) que le invitaban al éxito en la tarea. Contaba en su contra con decenios de inercia interpretativa, una maraña de posiciones a cuál más enrevesada y una acumulación de datos de difícil ordenación. La tarea era ardua, pero además urgente.

El resultado es el libro que tenemos finalmente en nuestro poder. Tras un desconcertantemente breve prólogo del mentor del trabajo y director de la tesis, J. Arce, encontramos un libro claramente estructurado y de fácil consulta, un trabajo por lo demás centrado en los grandes ciclos que necesitaban y que permitían la reconsideración de la autora: la historiografía y la arqueología.

El primer capítulo del libro está dedicado a la recopilación de las fuentes históricas. No es un trabajo que la A. haya hecho con agrado y ello lo deja notar, consciente del hastío que suscita dicha interpretación, caballo de batalla de toda la investigación hasta el momento. Tampoco significa esto que haya pasado de puntillas sobre una cuestión a pesar de todo imprescindible y el estudio no se ha limitado a una simple faena de alfil. Así por ejemplo se recogen con eficacia y claridad —necesariamente tributarias de un gran esfuerzo preliminar— las fuentes dedicadas a los delicados acontecimientos militares del siglo III referidos a Hispania, particularmente las imposturas. La autora da por resuelto el apartado con brevedad pero con resolución.

El segundo capítulo viene dedicado al estudio de la administración provincial y a los cambios sucedidos en la tercera centuria. Este capítulo es deudor de la formación de historiadora de la autora y ello se echa de ver en el rigor y densidad con que se analizan las diversas administraciones: provincial, civil y militar. En él no se limita a un simple estado de la cuestión sino a una visión completa sobre la estructuración política de las provincias con un aparato crítico impecable, con una contrastación historiográfica a la altura de las circunstancias y con el añadido de numerosas novedades, sobre todo epigráficas, que modifican o completan la visión teórica. A mi gusto es un capítulo muy logrado y en el que no era fácil aportar novedades ya que la historiografía lo tenía como objeto de mira tradicional. Aún y así y por mor sobre todo de un eficaz acopio de las novedades epigráficas, constituye uno de los panoramas mejor trazados y más nítidamente de los últimos tiempos. La concisión y claridad lo convierten en una herramienta muy valiosa, en especial —y perdónese esta reducción ya que soy docente— para uso escolar. Aconsejo a los estudiantes universitarios este capítulo como punto de partida rápido y claro para saber cómo era el armazón admi-

nistrativo de las Hispanias y su evolución en el siglo III, fundamental para la comprensión de la España bajoimperial y tardoantigua en general. La única objeción que cupiera hacerle es el haber pasado por encima de cuestiones administrativas de gran relevancia para la Hispania bajoimperial como los intentos de reformar el mapa provincial que cristalizarían definitivamente en la reforma de Diocleciano y en posteriores de los siglos IV y V y que constituyen una pista de primer orden para analizar los profundos cambios que se habrían de ver después. Me refiero a hechos como el intento aparente de crear alguna nueva demarcación como la Vettonia, según indicios epigráficos que sí recoge Cepas pero con las solas referencias a las opiniones autorizadas. Casos como éste, y hay más, han sido escasamente tratados y creo que tienen una importancia capital no siempre reflejada en los estudios tradicionales. Y aunque me da la impresión de que poco más podría haber añadido la autora a lo reseñado, hubiera sido un paso adelante el haberlo resaltado. Quizás sea más importante el pasar por encima de hechos como los intentos y definitiva concreción de la adscripción de la antigua Mauritania Tingitana a la Diócesis de las Españas, que tanta repercusión tendrá hasta la época de dominio bizantino y visigodo.

El siguiente capítulo, dedicado al estudio de la red viaria a partir de los miliarios, no constituye un estudio dentro del estudio general, tan frecuente en este tipo de trabajos. Es por sí mismo un capítulo independiente que podría figurar sin modificaciones en otros libros o haber sido publicado independientemente. Se trata, una vez más, de un estudio basado en el excelente conocimiento de la epigrafía, ahora de miliarios, de Adela Cepas. Muy a menudo éstos han sido traídos a colación en trabajos sobre viario, estudios militares y otros, y siempre se había evidenciado la variedad y abundancia de los ejemplos que nos han llegado, así como lo complejo e interesante de su distribución geográfica. Creo que hasta la fecha es el mejor estudio sobre este asunto con el que contamos. El análisis exhaustivo de los miliarios, su inclusión en grupos viarios y nudos de comunicación específicos, en particular el delicioso apartado del grupo de Portela do Home, y las conclusiones a las que se llega, constituye una de las joyas del trabajo que vengo refiriendo. Me parece que vamos a tardar en volver a encontrar un trabajo de esta profundidad y conclusión sobre los miliarios del siglo III.

El último gran apartado del libro es el que ocupan los capítulos IV y V y está dedicado a la ciudad y éste sí que es un toro difícil de lidiar porque todos estábamos esperando que de manera sintética se pusieran las cosas del revés y patas arriba y acabar definitivamente con el siglo de la crisis urbana que no fue el III.

El capítulo IV vuelve de nuevo sobre la epigrafía, una disciplina en la que Adela Cepas se mueve como pez en el agua, y analiza los testimonios epigráficos públicos y privados en relación con el vigor de la vida municipal, asunto pero que muy importante en la definición del siglo III y de los profundos cambios que deparó. Al estilo del trabajo de Liebeschuetz sobre las inscripciones de Antioquía o Afrodísias de Caria, se repertorian todas las manifestaciones de culto imperial separando la iniciativa pública de la oficial y la particular, así como una regionalización casi cartográfica de los resultados. El resultado no desmerece de otros anteriores a éste y que tanto han aportado al conocimiento de sus respectivas demarcaciones, como los de Lepellet para África. Si, con la realización de esta tesis por A. Cepas, se buscaba un mínimo de homologación historiográfica internacional, no cabe duda de que se ha conseguido.

El capítulo V se aparta de manera evidente del discurso meramente historiográfico del resto del trabajo y aborda directamente uno de los mayores problemas que enfrenta el análisis del siglo III, si no es en realidad el mayor, y se interna sin complejos en la vertiente arqueológica de la crisis urbana. No en balde durante mucho tiempo ésta y no otra ha sido la causa de la persistente imagen de crisis achacada a la centuria con su informe agregado de amurallamientos medrosos, extensas des-

trucciones, reducciones de perímetro urbano, tesorillos y así un largo etcétera más. El trabajo compila de manera eficaz toda la bibliografía de cuanta ciudad hispana tiene algo que aportar al esclarecimiento de esta cuestión, y lo hace de manera ordenada, metodológicamente impecable, con una cartografía unas veces tomada de los respectivos publicadores de cada sitio, otras veces elaborada o semielaborada por la propia autora. Tengo para mí que se trata de uno de los grandes logros del trabajo y el que más me ha interesado personalmente. El poner negro sobre blanco todos los datos significativos, muy bien interpretados (quiero decir sin sesgo ninguno y sin sobreinterpretación), resulta revelador por sí sólo a efectos de desactivar el negro panorama que todavía hoy pesa sobre el vigor de la vida municipal hispana. A partir de ahí se desgranar datos verdaderamente significativos que ayudan a componer uno nuevo más cerca de la evidencia arqueológica y que completa la visión del capítulo anterior. Es cierto que este capítulo es el que más rápidamente está envejeciendo, lo que no le resta ni un ápice a su interés y oportunidad. La explosión de la arqueología urbana en nuestro país, la creación de equipos de trabajo dedicados en exclusividad al seguimiento de las grandes ciudades romanas, así hacían preverlo. Pero es de destacar que este capítulo se redactó contemporáneamente a la publicación y aun antes de los grandes conjuntos ciudadanos como Cercadilla, Mérida o las novedades de Tarraco. En una obra de carácter general como es ésta, el capítulo mantiene su frescura y actualidad sin lugar a dudas.

Un aspecto que hay que destacar del conjunto de la obra es el impecable aporte de cuadros cronológicos y estadísticos oportunamente intercalados en el texto y que, amén de coadyuvar eficazmente a la comprensión del texto, constituyen por sí una valiosa herramienta de investigación, pues son —además— muy completos y al día. La cartografía, a la que ya me referí, y realizada siguiendo el modelo de la T.I.R. (en la que Cepas juega un papel fundamental) es otro de los puntos que añadir en el haber general del trabajo.

Finalmente las conclusiones no son muy extensas ni quizás muy ambiciosas; pero necesariamente habían de ser así en un trabajo en que cada capítulo es en sí mismo una conclusión y en el que nunca se pierde la línea argumental en vericuetos accesorios. Pero las que hay merecen ser copiadas e incluidas en muchos trabajos generales sobre la Hispania romana en lugar de las páginas correspondientes ya que contienen la sustancia necesaria para una nueva y más duradera y ajustada interpretación del siglo que da comienzo a la Antigüedad Tardía española.

Sólo me cabe hacer un deseo final y es que este trabajo reciba el interés y acogida que verdaderamente merece ya que con él se entierra una etapa completa de nuestra historiografía y comienza otra radicalmente distinta y sin duda más fructífera.

Ángel Fuentes
Universidad Autónoma de Madrid

M^a J. Hidalgo, D. Pérez y M. J.R. Gervás (Eds.), «Romanización» y «Reconquista» en la Península Ibérica: *Nuevas perspectivas*. Acta Salmanticensis, Estudios Históricos & Geográficos, 105. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1998, 354 pp. ISBN: 84-7481-896-6.

Esta publicación es el resultado del Congreso titulado «La formación del feudalismo en la Península Ibérica: un balance historiográfico», celebrado en Salamanca en 1996 con el objetivo de revisar la aportación científica, repercusión y vigencia de la obra de los profesores Abilio Barbero y Marcelo Vigil en la historiografía española de los últimos años. En él participaron historiadores de diversos ámbitos docentes,

tendencias y especialidades, en su mayoría discípulos, amigos y divulgadores del nuevo modelo histórico por ellos propuesto, en una obra centrada en la investigación sobre la transición de la Antigüedad a la alta Edad Media en la Península Ibérica. El libro se divide en cuatro partes que cubren aspectos que abarcan desde una valoración de la obra de ambos autores en el contexto de la historiografía española (Parte I: Historiografía de la Historia Social) y su incidencia en la enseñanza de historia en centros de enseñanza primaria y media (Parte II), a la discusión de aspectos más concretos, desde de los estudios de la Antigüedad Clásica y de las Sociedades Feudales en la Península Ibérica (Partes III y IV).

Con escasas excepciones, se subrayó el carácter renovador e innovador de la obra de los profesores Barbero y Vigil en el contexto histórico y académico de la España de los años sesenta y setenta. Su interpretación histórica, alejada del historicismo dominante en la historiografía española del momento, les condujo a centrar su investigación no tanto en cuestiones concretas, sino en la elaboración de una interpretación articulada y coherente de un largo periodo histórico, que abarca desde el siglo IV hasta el XI.

Sin embargo, son numerosos los aspectos parciales que han sido criticados en la investigación posterior, tanto desde la Historia Antigua, como desde el medievalismo y, en temas que afectan directamente a los planteamientos de Barbero y Vigil. Desde los estudios de Historia Antigua, se ha discutido sobre el carácter gentilicio de las sociedades indígenas del Norte de la Península Ibérica, tal y como Barbero y Vigil lo definieron, como grupos estructurados políticamente en torno al parentesco y a la propiedad colectiva de la tierra, que no fueron controlados totalmente por el estado romano. Se ha discutido también sobre el alcance de la Romanización de estos pueblos y su grado de resistencia y asimilación, sobre la implantación de la vida urbana y la municipalización en los pueblos del Norte; sobre la duración de la esclavitud como modo de producción dominante en la Antigüedad y alta Edad Media; la existencia en el siglo IV de un *limes* que defendiera las zonas más romanizadas del Sur de la cordillera Cantábrica de los pueblos del Norte¹. Desde el medievalismo, se ha puesto en duda la existencia de un feudalismo visigodo e islámico.

Creo que las críticas que Barbero y Vigil han recibido, siempre en aspectos aislados sin tener en cuenta el conjunto, como apunta J. Faci (p.40), no han minusvalorado su análisis global de un proceso histórico: la formación y evolución del feudalismo hispánico a partir de la disolución de la comunidad primitiva, de las sociedades gentilicias del Norte de la Península Ibérica, como marco de transformaciones históricas, los cambios que se produjeron y que originaron los fundamentos de las nuevas relaciones sociales y políticas. Tanto como metodología de trabajo, como por la interpretación histórica, el «modelo» propuesto por ambos autores no ha sido superado en su conjunto y la historiografía de los últimos veinte años no ha aportado ninguna propuesta alternativa.

Adela Cepas
CEH del CSIC

B. Gamó Parras, *La Antigüedad Tardía en la provincia de Albacete*, Serie Estudios, nº 107, Instituto de Estudios Albacetenses, Diputación de Albacete, 1999, 382 págs. ISBN: 84-87136-91-5.

La presente publicación resume la memoria de licenciatura de la autora, dirigida por el profesor Ángel Fuentes. Ve la luz gracias a la concesión del premio anual de investigación del Instituto de Estudios Albacetenses.

Aunque el estudio se presenta con modestia como un *mapa*

¹ *Revisiones de Historia Antigua I y II*, Vitoria, 1994 y 1996.

de yacimientos, resulta ser una carta arqueológica, en el concepto más amplio del término; pues incluye el reestudio y puesta en valor de los restos suministrados por esos yacimientos, además de una aproximación a su entidad, su cronología y sus vínculos con el territorio, las vías de comunicación, los recursos, las posibilidades del entorno y el resto de los asentamientos. Para ello, maneja materiales inéditos o poco estudiados del Museo de Albacete, procedentes de hallazgos casuales, prospecciones y antiguas excavaciones, junto a datos derivados de los más recientes trabajos de campo, a la luz de la información histórica suministrada por otras fuentes –muy escasas– y por el conocimiento general acumulado sobre esta etapa cultural, con el fin de establecer una síntesis que se convierte en un verdadero *estado de la cuestión*.

El cuerpo central del libro lo constituye el repaso a un total de cuarenta y cuatro sitios arqueológicos de diferente complejidad, que van, por poner dos ejemplos del mismo área: Hellín, desde lugares como el citado Tolmo de Minateda, del que la riqueza informativa obliga a la autora a ceñirse a un denso resumen plagado de referencias bibliográficas y de llamadas a la futura publicación de las excavaciones en curso; hasta lugares como El Saltador, del que apenas si se ofrece una breve nota formada por datos de segunda mano más bien deficientes. No son sólo éstas las irregularidades de la investigación precedente que se manifiestan en las páginas del libro, el cual sin duda ayuda a ponerlas en evidencia. Mucho más trascendentes son las notables diferencias de distribución y concentración que presenta el conjunto de los yacimientos, con tres polos principales en las áreas de Hellín-Tobarra, Chinchilla-Almansa y Tarazona-Albacete por contraste con regiones totalmente *desiertas*. Estas diferencias no son sólo achacables a la realidad geohistórica pretérita, sino también a la distinta atención que han merecido unas zonas y otras.

Las cuarenta y cuatro fichas de yacimientos se dividen en tres apartados: descripción y geografía, materiales y bibliografía específica. El segundo de ellos hace repaso de los materiales más significativos entre los recogidos en el yacimiento, individualizando tantas categorías como sean necesarias, y otorgando especial atención, como es lógico, a la cerámica, única categoría común a todos los sitios estudiados. Los ejemplares que suelen aparecer destacados pertenecen al grupo que la autora califica como *cerámicas finas*, especialmente sigilatas y norteafricanas. Se aprecia aquí una elección cuidadosa de la terminología, y de los conceptos a los que remite. Términos más tradicionales como *cerámica de lujo* o *cerámica de importación* –en el sentido de productos no elaborados en el lugar– tienen implicaciones semánticas que no se pueden contrastar en el marco de los conocimientos que se manejan en este caso. Otras elecciones del mismo tenor se intuyen a lo largo de la lectura, pero no aparecen de forma explícita. Creo que habría sido adecuado explicarlas de alguna manera. Quizás no tanto mediante un exhaustivo capítulo dedicado a la metodología, como a través de oportunas notas o paréntesis en el lugar adecuado. La numismática, por ejemplo, aparece citada únicamente en el primer apartado, un poco de pasada. Si consideramos que en los registros de prospección su importancia cronológica –que no puede ser corregida por datos estratigráficos no coincidentes– es igual o mayor a la de los fósiles directores cerámicos, creo que habría sido oportuno aportar datos descriptivos y, aquí sí, reproducciones gráficas de su aspecto.

Este libro pone de relieve o recuerda la existencia de algunos yacimientos de evidente interés. En primer lugar, el Tolmo de Minateda y todo su entorno, cuya relevancia no vamos a descubrir ahora. Blanca Gamó subraya las semejanzas detectadas entre el mundo material de la antigua Elo y el de Recópolis, a las que pronto habrá que añadir la de sus basílicas. Es evidente que el poder visigodo se manifestaba en el Tolmo de forma muy directa; no en vano lo consideran, quienes lo excavaron, como una especie de *mascarón* frente a la frontera bizantina. Además, destacan la necrópolis tardorromana de Las Eras (Ontur) y los conjuntos rupestres de Camarreta (Agramón)

y Alborajico (Tobarra), entre otros. De aquella, sobresale la inhumación de un adulto con dos niños, que incluía un riquísimo ajuar compuesto por piezas de bronce y muñecas articuladas. De las cuevas artificiales, la más interesante desde el punto de vista cronológico es la conocida de Camareta, con un rico repertorio de inscripciones de tono religioso y restos arqueológicos que muestran la gran continuidad de uso de este enclave. El conjunto de Alborajico es ciertamente espectacular, pero no hay ningún elemento claramente asociado que demuestre su adscripción a este periodo, ni que permita hablar, como se hace, de que la cámara principal pudiera cumplir las funciones de un oratorio. Es más, el asentamiento más directamente vinculado es lo que pudo ser una alquería de origen andalusí: Alboraj.

Otras dos necrópolis aportan datos que se suman, desde mi punto de vista, a las paradojas que hacen cada vez más necesario el desarrollo de nuevos planteamientos en torno a la transición entre el mundo hispanovisigodo y el andalusí. Son las de Casas Viejas en Tarazona y Los Pontones en Albacete. La única información sobre ellas es la recogida en un diario del entonces director del museo provincial, encabezado por la leyenda: *necrópolis árabe*. Sin embargo, los enterramientos, en tumbas de lajas, iban acompañados por jarritos funerarios. Había también un anillo con un símbolo cristiano. Evidentemente, el director Sánchez Jiménez no era un experto en el mundo funerario de época goda, pero quizás –paradojas del destino– no andaba tan errado como pudiera parecer. La pieza que se conserva de Casas Viejas presenta paralelos con otras encontradas en Navalvillar (Madrid), de donde también procede un dirham de la segunda década del siglo VIII. Y la botella de Los Pontones es admitida por la propia Blanca Gamo como claramente emiral... y apareció junto al anillo.

La autora no llega a plantearse este problema en profundidad. En realidad no es su cometido. Pero ello no hace sino subrayar uno de los defectos que arrastra el análisis de ese momento de transformación, acentuado por la insistencia en considerar a los siglos VI y VII dentro de la Tardía Antigüedad. Esta postura no hace sino enfatizar la discontinuidad que se abre en torno al año 711. Tampoco es estrictamente necesario considerar a esos siglos como inicio de la Alta Edad Media. Es aceptable que son más los elementos de continuidad que los unen con el pasado romano que con el futuro islámico. Al fin y al cabo, una y otra no son más que etiquetas. Lo malo es que detrás vienen los conceptos y los diferentes enfoques. Y el primero de ellos no suele hacerse compatible con el segundo, subrayándose la ruptura de esa continuidad.

El trabajo, sin embargo, aporta otras reflexiones que sí enriquecen el panorama hasta ahora existente sobre esta región dentro del estricto marco cronológico estudiado. Destaca sobre todas las demás la diferenciación constatada entre las dos mitades de la provincia actual, estando el sur en la esfera del mundo marítimo, primero, y de la provincia bizantina, después, y cayendo el norte dentro del ámbito de los fenómenos generalizados en la Meseta Sur, especialmente a partir de la constitución del reino visigodo de Toledo. Esta diferenciación se habría mantenido incluso después del año 620 y se corresponde con todas las manifestaciones materiales dejadas por los que allí vivieron, desde la cerámica de los lugares de habitación hasta el ritual funerario.

Fernando Sáez Lara

G. Ripoll López, *Toréutica de la Bética (siglos VI y VII d. C.)*, Reial Acadèmia de Bones Lletres, Barcelona, 1998, 397 págs., 52 figs., XLIII láms. ISBN 84-922028-1-5.

La Real Academia de Buenas Letras de Barcelona celebra el próximo año 2000 el tricentenario de su fundación. Entre

las diferentes actividades conmemorativas organizadas, una de ellas es fomentar la publicación de obras de investigación en sus series *Mayor* y *Minor*. A instancias de Martí de Riquer, anterior presidente de dicha institución, se publica ahora un conjunto de material arqueológico de gran interés para el conocimiento de la antigüedad tardía hispánica.

El presente trabajo tiene su origen en la tesis doctoral de Gisela Ripoll (segunda de la autora) que, bajo la dirección de Noël Duval (autor además del prefacio), defendió en la Universidad de la Sorbona-París IV con el título *L'archéologie funéraire de Bétique d'après la collection visigothique du Römisch-Germanisches Zentralmuseum de Mayence*¹. La obra estudia un conjunto de adornos personales fundidos en bronce (fundamentalmente broches de cinturón) conservados en el museo de Maguncia (Alemania). La colección original –debida a la afición de un particular y comprada por el RGZM en el mercado de antigüedades– se compone de 224 bronces de distintas épocas (ibérica, romana, medieval), procedentes del valle Bajo del río Guadalquivir (muy probablemente del entorno de Sevilla). De ellos se han estudiado, en este libro, aquellas piezas fechadas entre finales del siglo VI e inicios del VIII que conforman un catálogo de 135 objetos. A pesar de que se trata de objetos con una cronología bastante ceñida, G. Ripoll desarrolla un amplio capítulo sobre las producciones de adornos personales desde inicios del siglo VI (incluso finales del V), para poder analizar con detenimiento el problema del siglo VI en la Bética y el significado de la presencia visigoda en la *Hispania* meridional. G. Ripoll, desde que empezó a trabajar en la necrópolis toledana de El Carpio de Tajo² y en una primera ordenación y clasificación de las necrópolis y materiales visigodos³, ofrece ahora una tabla tipo-cronológica basada en la anterior, mejorada y ampliada. Se sigue trabajando en cinco niveles distintos, reservando el I para el material característico del siglo V, como por ejemplo los pequeños broches con gran cabujón circular de Lisboa. Los materiales de esta tabla evidencian cómo con el paso del tiempo los ornamentos típicamente visigodos que componían los niveles II (480/490-ca. 525) y III (525-560/80) –fíbulas de técnica trilaminar, fíbulas aquiliformes y placas de cinturón con celdillas– van mezclándose progresivamente con materiales romanos. La realidad arqueológica adquiere una relevancia histórica cuando se intenta poner en relación la información proporcionada por estos materiales y los problemas del establecimiento y evolución de la población visigoda en la Península Ibérica, y lo que de ahí se deriva, como es por ejemplo la práctica de los matrimonios mixtos desde época muy temprana. El estudio de la casi globalidad de los materiales funerarios o de indumentaria personal de la Bética, evidencia una total ausencia de estos materiales de los niveles II y III en esta provincia, hecho que lleva a la autora a determinar que la Bética, con un comportamiento similar al de la Lusitania y la Tarraconense, siguió con una población romana impermeable a la presencia de nueva población visigoda instalada básicamente en la zona de la Meseta y en los núcleos urbanos de las diferentes provincias.

Los niveles IV (560/80-600/40) y V (600/40-710/20) se caracterizan por la presencia de materiales que reflejan la influencia de modas latino-mediterráneas y bizantinas, con series importantes y significativas en la Bética. En el nivel IV aparecen variados tipos de broches de placa rígida, mientras

¹ Thèse de Doctorat, Université de Sorbonne-Paris IV, 1993, Atelier National de Reproduction des Thèses sur Microfiche, 93/PA04/0006, Université de Lille III, 0741.15226/93 Lille, 1993.

² *La necrópolis visigoda de El Carpio de Tajo (Toledo)*, EAE, 142, Madrid, 1985. «La necrópolis visigoda de El Carpio de Tajo. Una nueva lectura a partir de la topocronología y los adornos personales», *Butlletí de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi*, VII-VIII, 1993-1994, p. 187-250.

³ *La ocupación visigoda en época romana a través de sus necrópolis (Hispania)*, Colección de Tesis Microfichadas, nº 912, Universitat de Barcelona, (1986) 1991.

que del nivel V son característicos los broches liriformes, los cruciformes y los pertenecientes a series bizantinas. Los materiales característicos del nivel IV, estudiados en el capítulo «Las artes menores del metal de finales del siglo VI d.C.», son los broches de cinturón de placa rígida. G. Ripoll hace un análisis pormenorizado de los diferentes tipos, además de un minucioso despiece e interpretación de la iconografía y epigrafía que aparece en estas piezas. En el mismo nivel IV se incluyen también los broches de perfil liriforme «de transición» (tipo individualizado a partir de los materiales hallados en la Bética), denominados así por ser un mixto entre los de placa rígida característicos de finales del siglo VI y los liriformes, que verán su gran momento en pleno siglo VII.

Los adornos personales del nivel V son estudiados en un amplio capítulo, «Objetos mediterráneos y bizantinos de los siglos VII y VIII d.C.», en el que se analizan sistemáticamente sus características formales, con detalle las diferentes representaciones iconográficas, los problemas de fabricación y distribución, además de los argumentos en favor de una mayor precisión cronológica. Los broches liriformes son abordados ampliamente puesto que su aparición, en contextos funerarios y en colecciones, en la Bética es muy abundante, de lo que puede concluirse que los talleres de esta provincia y, sobre todo, de la zona de la antigua *Hispalis* fueron los principales focos de producción y distribución de estas piezas, hecho que implica a su vez el análisis de toda una red comercial. Dentro de la toréutica del nivel V, destacan los broches cruciformes, que empiezan a ser importantes, sobre todo en la Bética. Con el estudio de la serie de broches bizantinos (con esta colección aumenta mucho el número de objetos conocidos), G. Ripoll niega que la comercialización, a la vez que imitación y producción en *Hispania*, deba ser puesta en relación con la presencia de tropas bizantinas en algunos puntos costeros sino que son producto de talleres locales (llega a identificar un posible taller situado en las inmediaciones de *Hispalis*) influidos por los contactos comerciales y por la presencia de comerciantes orientales instalados en enclaves comerciales básicamente puertos costeros y fluviales⁴.

Una vez estudiados los objetos dedica un último capítulo a reflexionar sobre el conjunto de datos ofrecidos por la toréutica y la arqueología funeraria de la Bética con el fin de comprender mejor la dinámica histórica, económica y cultural de esta provincia durante la antigüedad tardía, atendiendo tanto al mundo urbano como a los ambientes rurales y analizando los diferentes tipos de hábitat, la producción artesanal, el trabajo de los toreutas, los recursos mineros y las pautas comerciales. Este análisis no pretende ser exhaustivo sino, al contrario, complementario de otros trabajos que se están realizando en la Bética, como por ejemplo el muy reciente y valioso de Silvia Carmona sobre la necrópolis de El Ruedo y su posición dentro de la arqueología funeraria meridional⁵.

Tras estos capítulos, se incluye el catálogo de los objetos de los siglos VI y VII conservados en el RGZM. Este inventario es detallado proporcionando el máximo de información sobre el tipo, la decoración y la fabricación.

El volumen se completa con una amplia bibliografía ordenada alfabéticamente, muy útil por la riqueza de títulos interesantes manejados en la investigación. Además el catálogo de objetos y los paralelos abordados en el texto se ilustran por medio de dibujos y fotografías. El capítulo final, a modo de reflexión sobre la Bética durante la antigüedad tardía, se acompaña de mapas, planimetrías y materiales, que tan sólo quieren ilustrar algunos elementos poco conocidos o particularmente importantes.

⁴ Ha profundizado el problema en «Acerca de la supuesta frontera entre el *Regnum visigothorum* y la *Hispania bizantina*», *Pyrenae*, 27, 1996, p. 251-267.

⁵ *Mundo funerario rural en la Andalucía tardoantigua y de época visigoda. La necrópolis de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba)*, Diputación de Córdoba, Córdoba, 1998.

El estudio de las piezas conservadas en el RGZM, al que se suman otros objetos de adorno personal hallados en la Bética, permite a la autora afirmar que durante los siglos VI y VII no existe en esta provincia una población característica visigoda sino que se inscribe en un contexto de tradición y continuidad romanas. Destaca el importante número de piezas que responden a las características de la moda mediterráneo-bizantina así como la constatación de que en la mayoría de casos se trata de objetos fabricados en talleres locales, hecho que por otra parte muestra la gran actividad de estos centros productivos, su excelente dominio de las técnicas del bronce y la existencia de una red de comercialización de alto nivel que permite suministrar estos productos satisfaciendo la demanda del sur de la *Gallia*.

El trabajo de Gisela Ripoll constituye un instrumento básico para identificar, fechar y adscribir culturalmente estos materiales que se documentan con gran frecuencia en yacimientos de toda *Hispania*, además de representar una excelente revisión de muchos de los problemas de carácter histórico y arqueológico que afectan a la Bética durante la antigüedad tardía y por tanto al comportamiento del Mediterráneo occidental y sus relaciones con el Oriente bizantino.

Alexandra Chavarría
Universitat de Barcelona

M. Retuerce Velasco, *La cerámica andalusí de la Meseta*, CRAN Estudios, Madrid, 1998, 2 tomos, 456+355 págs. ISBN obra completa: 84-89145-05-9.

Esta edición de la tesis doctoral del autor está llamada a servir de marco de referencia imprescindible para las futuras excavaciones y los estudios sobre cerámica de niveles pertenecientes al horizonte andalusí en ambas submesetas -sobre todo lógicamente en la meridional - y quizás también fuera de ellas.

Lo primero que sorprende es el diferente tamaño de ambos volúmenes, que se justifica en la necesidad de respetar, en el segundo y más ancho de ellos exclusivamente dedicado al material gráfico, el tamaño y las proporciones de las láminas originales y la correlación de escalas. Este cuidado formal de la obra se quedaría en simple anécdota si no se extendiera al resto de su organización interna.

La información escrita del primer tomo se distribuye así: descripción y caracterización de la forma con referencia a otras tipologías precedentes, descripción de los tipos y subtipos con apunte de las procedencias y las cronologías y estudio tanto dentro del marco de la Meseta como en el más amplio del mundo andalusí, para concluir con una valoración general de todos los datos relativos a cada forma.

La información gráfica del segundo tomo se inicia con unos mapas regionales en los que aparecen señalados los yacimientos recogidos en un inmediato listado, hasta un total de 231, todos aquellos de los que proceden las piezas analizadas. A continuación, las formas en que Retuerce ha dividido la panoplia de las producciones a estudio son ilustradas, repetidamente, por los ejemplos más notables de cada tipo y subtipo, incluyendo sus decoraciones más habituales, por unos cuadros tipológicos, por unas tablas cronológicas y por unos mapas de distribución, que se extienden también a los paralelos ajenos a la Meseta.

La introducción incluye lo que podríamos considerar como un «decálogo» o declaración de principios para los futuros trabajos sobre cerámica medieval en la Península Ibérica. En ella se aborda el problema de la falta de tipologías -al menos para esa vasta región central de la península- y se realiza un significativo diagnóstico de la cuestión, que, con tener trascendentes consecuencias por la importancia científica de los referentes

cerámicos, no deja de estar relacionado con carencias más generales de método arqueológico. Tras justificar dichas carencias en primer lugar por la «juventud» de nuestra Arqueología Medieval -esa manida excusa que ya debería empezar a dejar de serlo-, Manuel Retuerce enumera otras variables que nos parecen más sinceras, preocupantes y dignas de análisis: casi todas inciden en la representatividad y en la calidad de la información recuperada, ya sea por cómo se presenta, ya sea por cómo ha sido obtenida, lo que incluye una llamada de atención hacia la honestidad epistemológica: debemos reconocer las limitaciones de nuestros registros y de los métodos y criterios empleados y también la parcialidad de lo excavado -y qué decir de lo recogido en prospección- y darlo a conocer de forma transparente. La mayor parte de las carencias en este sentido vienen aparejadas a la deficiente aplicación del método estratigráfico y de las seriaciones obtenidas a partir de él.

Manuel Retuerce hace también referencia a otro aspecto no menos importante, éste de carácter exclusivamente ceramológico: la conceptualización de la información descriptiva y tipológica. Sin entrar en otros detalles, son por todos conocidas las dificultades que ofrece la elección de nombres para los tipos -a cuyo paso ya salió Guillermo Roselló con su celebre obra sobre «el nombre de las cosas en al-Andalus»- o la mezcla de criterios de carácter formal, técnico y funcional que ha caracterizado a este tipo de trabajos. Sin que esta última vertiente del asunto deba ser desdeñada, no deja de llamar la atención una cierta obsesión en algunos estudios precedentes por hacer de ella el eje ordenador de la tipología, cuando en realidad sabemos aún muy poco sobre la vida doméstica y las costumbres alimenticias de los andalusíes, entre los que, además, podríamos distinguir diferentes tradiciones culturales e incluso religiosas. Por ello no podemos más que estar de acuerdo con la propuesta del autor, que queda recogida en el punto 5 -«Criterio seguido en la realización de la taxonomía o tipología»- del capítulo III, de «volver a empezar» a partir de agrupaciones puramente ceramológicas, a lo que se prestaba un ámbito hasta ahora sin sistematizar como el de la cerámica andalusí de la Meseta.

En total, el autor diferencia treinta y una formas distintas. Algunas agrupan tipos que en otros trabajos aparecen separados. La forma A reúne a todas las piezas de perfil abierto dedicadas al servicio o presentación de alimentos, como las denominadas en otros trabajos con los nombres de atañor, jofaina, cuenco, escudilla, etc. La forma B, a las de perfil cerrado y cuello estrecho: redoma, botella, cantimplora, aguamanil, ampolla, etc. La C, a las de cuello ancho: jarro y jarra, cántaro, alcuza, etc. Estas dos últimas con independencia del número de asas, la presencia de pico vertedor, el tamaño o el tipo de acabado. La forma D incluye a la taza, al vaso y al bol. La E, al bote y a la orza. La F, a la olla o marmita, con un interesante repertorio de las *ollas con escotadura* que caracterizan al valle del Tajo. La forma G es una de las aportaciones de la tipología andalusí: la cazuela, inconfundible. La forma H abarca todo tipo de tapaderas, con independencia de su tamaño o su forma, valga la redundancia. O mejor dicho, que no valga, pues una de las pegas que presenta esta clasificación es la elección del término *forma* como máxima categoría de las agrupaciones. Es, como vemos en este caso, inapropiado, ya que remite a unas semejanzas morfológicas que no siempre se dan. El término *tipo*, con ser más ambiguo, habría sido, por eso mismo, más adecuado.

Las formas I, J, K y L reúnen piezas de gran tamaño tales como el alcadafé, la tinaja, el reposaero y el anafe. La forma M se asocia a los coladores; y la N, al arcaduz o cangilón. Las formas O y P, a la ambientación y la iluminación: el pebetero y el candil. Y así hasta doce formas más, de menor resonancia. Tampoco el uso de letras para distinguir los tipos parece el más indicado, porque hacia el final de la clasificación el autor se ve obligado a empezar de nuevo (AA, AB, AC...), lo cual podría llamar a engaño, crear, por ejemplo, la sensación de que se trata de variantes de A.

El estudio pone de relieve la presencia de materiales islámicos en puntos de la Meseta Norte en los que la permanencia andalusí había sido considerada poco menos que testimonial: especialmente en Tariegos de Cerrato (Palencia) y Peñafiel (Valladolid), no tanto en Sepúlveda (Segovia) y puntos relativamente septentrionales de Soria como San Esteban de Gormaz, Osma y Calatañazor. Su aparición puede explicarse, es cierto, de muchas otras formas -vía comercial, botín, cautivos, grupos mozárabes-, pero al menos exige la búsqueda de esas explicaciones. Y, sobre todo, plantea la posibilidad de que se puedan producir nuevos hallazgos e incluso la revisión de otros ya efectuados y no valorados como consecuencia de patrones de interpretación excesivamente rígidos y deterministas.

Este trabajo supone también un salto cualitativo en nuestro conocimiento de las producciones de época emiral -también en la línea de otros estudios, especialmente en el Sudeste, sobre las pervivencias de tradición visigoda y sobre las paulatinas transformaciones que conlleva el influjo islámico. Quizás habría sido de desear un poco más de precisión cronológica. Algunas variantes aparecen con la etiqueta de «omeyas», lo que implica su pervivencia entre el periodo emiral y el califal, incluso el de los reinos taifas. No dudo de que esa continuidad exista, reforzada en algunos casos por precedentes preandalusíes, pero en un futuro ha de matizarse en forma de subtipos mejor enmarcados desde el punto de vista temporal. Sin duda, detrás de esta imprecisión se hallan las dificultades aún latentes para diferenciar los niveles más antiguos en aquellos yacimientos cuya ocupación sobrevive hasta el siglo XI, sino más allá, que, en esta región, son casi todos. La clave ha de estar en aquellos que, sujetos a una realidad geopolítica anterior, se van abandonando cuando ésta se transforma, que no es precisamente a principios del siglo VIII, sino a lo largo de los doscientos años posteriores. No es difícil traer inmediatamente a la memoria lugares como Arcávida, Recópolis, Cancho del Confesionario y otros tantos, que ya fueron objeto de atención hace unos años -véase el número 3 del Boletín de Arqueología Medieval- en una iniciativa que, en el centro de la Península, no ha tenido por ahora continuidad.

La obra también presenta otra carencia digna de ser reseñada: la ausencia de formas asociadas al periodo almorávide y al de las segundas taifas. En cambio, el periodo almohade está muy bien documentado. Esto es debido, en parte, a que Manuel Retuerce se ha basado fundamentalmente en los materiales recogidos en las excavaciones realizadas bajo su dirección o que formaban parte de conjuntos que ha podido estudiar directamente. Y, entre ellos, destacan los exhumados en Calatrava la Vieja, en niveles correspondientes al segundo de los imperios norteafricanos, momento en que esta ciudad pasó a ser la llave de la defensa contra el avance de los reinos del Norte. Este enclave, por tanto, no puede dar materiales de época inmediatamente anterior. Tampoco los yacimientos del valle del Tajo, ya conquistados. Pero no deja de sorprender que no lo hagan otros sitios arqueológicos del valle del Guadiana o de La Mancha. En realidad, sí los hay; incluso en niveles cristianos de Madrid y otros puntos cercanos, en los que han aparecido hasta fragmentos de loza dorada fatimí; pero no sirven para caracterizar un horizonte almorávide diferenciado. También en este terreno habrá que seguir trabajando, ya que no es un problema que afecte sólo a la Meseta andalusí.

En definitiva, este trabajo viene a llenar un hueco; sin dejar por ello de ser punto de partida, pero ya sobre una base firme, de las futuras incorporaciones a la nómina formal aquí sistematizada. En ese sentido, queda abierta. El propio autor da ejemplo al añadir al final de cada forma los tipos aparecidos entre la lectura de la tesis y la publicación. Se ve que la primera ordenación seguía un orden cronológico, que ahora ya ha quedado roto. En realidad, sería mejor no haberlo seguido, pues ahora puede provocar cierta desorientación en los lectores.

Fernando Saéz Lara
Universidad Autónoma de Madrid

G. Mora, *Historias de Mármol. La arqueología clásica española en el siglo XVIII*, Madrid, Anejos de AEspA, XVIII, CSIC-Ediciones Polifemo, Madrid 1998, 164 pp., figs. ISBN 84-86547-45-8.

El importante trabajo de la Dra. Mora se plantea como objetivo principal determinar cuáles fueron las aportaciones de los estudios arqueológicos a la Ilustración y en qué medida el poder ilustrado influyó en la arqueología.

La casi total ausencia de estudios monográficos sobre las actividades arqueológicas durante la Ilustración española han obligado a la autora a recurrir a las fuentes documentales de la época para intentar elaborar una visión de conjunto. En esta necesidad está la mayor virtud de la obra, el vaciado del Archivo Histórico Nacional, la Biblioteca Nacional y la Real Academia de la Historia así como la lectura crítica de los Jovellanos, Ponz, Feijó, Valdeflores, Forner, etc.; pero al mismo tiempo, a mi entender, esta falta de un marco general previo crea ciertos desarmonías que comentaré más adelante.

El libro está estructurado en cuatro partes: precedentes humanistas (siglos XVI-XVII), los mecanismos de la política arqueológica ilustrada, concepto y método de la arqueología ilustrada española, las actividades arqueológicas en Italia del futuro Carlos III (Pompeya, Herculano y Paestum).

En los precedentes, el lector encontrará una buena aproximación a la influencia de Anio de Viterbo en España, tema básico para entender contra lo que habían de enfrentarse los historiadores ilustrados. Pese a que la fuente principal sobre los falsos cronicones sigue siendo la obra de Godoy Alcántara, como bien aparece citado reiteradamente, se echa en falta remitir al lector al simpático libro de Caro Baroja: *Las falsificaciones en la Historia*. Que este comentario no se entienda como una crítica global al aparato bibliográfico del libro, que es excelente y una de sus mayores virtudes. Sólo por él mismo, la obra será de consulta obligatoria para todo investigador de la Ilustración teniendo en cuenta que, además, va acompañado de unos buenos índices de nombres, topónimos, materias e instituciones. Siguiendo en los precedentes, a retener la justa afirmación de que, antes de mediados del XVIII, la exaltación de la ruina como parte del pasado glorioso de la nación (yo diría mejor de la monarquía) raramente pasaba por la exhumación de los restos (p. 29). Aunque en p. 60 se matice que la excavación propiamente dicha no se asumió como el método más objetivo para estudiar los restos materiales hasta mediados del XIX, por influencia de los estudios prehistóricos.

En relación a los mecanismos de la política arqueológica, la autora destaca la máxima de los ilustrados: conocer el pasado del país para averiguar las causas de su decadencia y con ello trabajar para su resurgimiento. Esa obsesión por la *utilitas* (el bien común), por la Historia entendida como el instrumento de enseñanza para evitar los errores del pasado (Forner), como la «Ciencia de los hechos» (Valdeflores), lleva a concebir las antigüedades como fuentes para la Historia. El instrumento para poner en práctica esta máxima fueron indudablemente las academias, más fáciles de controlar que las universidades o las órdenes religiosas. En las pp. 48-49 el lector encontrará una buena recopilación del interés ilustrado por la antigüedad clásica como modelo de conducta política, económica y cultural. Uno de los ejemplos más significativos de utilización del lenguaje visual clasicista como elemento de prestigio es la decoración exterior e interior de la Casa del Labrador de Aranjuez (pp. 50-51).

Del capítulo sobre el concepto y el método de la arqueología ilustrada española es muy interesante descubrir las redes de transmisión de conocimientos entre los numismatas (intercambios y préstamos, correspondencia crítica, visitas a colecciones, etc.) que seguramente puede hacerse extensible a las otras facetas de las ciencias de la antigüedad. Echo en falta, no obstante, saber algo más del poco estudiado interés

de algunos ilustrados por el mundo fenicio y oriental en general. Parece que el asunto va más allá del numismata Lastanosa o del hebraísta Pérez Bayer (pienso en las referencias constantes a la cultura fenicio-oriental en la obra de Valdeflores, tomadas de Newton). Asimismo, me parece algo exagerado afirmar que (p. 62), pese al insinuado interés manifestado a finales del XVIII por la época prerromana y la Edad Media, estos temas sólo pudieron desarrollarse libremente en el último tercio del XIX cuando el clasicismo se identificó con el estado absolutista. La afirmación tal vez tiene sentido en las artes figurativas pero no en la historiografía en general.

En el último capítulo, dedicado a las actividades arqueológicas en Italia patrocinadas por el futuro Carlos III, hay que destacar la defensa del método del ingeniero Alcubierre en Herculano, tan criticado por algunos ilustres contemporáneos y en cierta bibliografía moderna. Tratar de lo que pasaba en Italia pudiera parecer fuera de lugar si no fuese un precedente de la política borbónica en España. Aceptado como tal, lo lógico, creo, hubiese sido tratar el tema al principio del libro.

Este último comentario abre el debate sobre el esquema expositivo utilizado por la autora y su método de trabajo. A lo largo del libro es frecuente ver cómo se construye todo un discurso general a base de ejemplos, de citas significativas. No creo que sea un método del todo incorrecto pero, a falta de más datos, es difícil saber si se está hablando de una realidad generalizada o de particularidades personales o de escuela. Este trabajar a base de citas parece sugerir una ingente labor de vaciado bibliográfico en fichas de trabajo que, posteriormente, han sido ordenadas buscando cierta coherencia pero que, a veces, han generado repeticiones (por ejemplo, las relaciones del deán Martí con Montfaucon aparecen en la p. 32 y en la 95) y algún que otro gazapo (las fundaciones académicas de Felipe V se detallan en la p. 35 citando a J. Sarrailh, y vuelven a aparecer con alguna contradicción significativa en la p. 37 esta vez siguiendo a F. Aguilar Píñal). Las continuas reapariciones de los mismos personajes ahora como epigrafistas, ahora como numismatas o arqueólogos-anticuarios o viajeros ilustrados parecen proceder de querer encasillar la realidad arqueológica del XVIII en los esquemas actuales de las ciencias de la antigüedad. Como bien ha demostrado la autora a lo largo del libro, en la concepción de la época, prácticamente todos los personajes se movían en todos los campos. De hecho, más que una síntesis general, la obra trata de la política arqueológica de la Ilustración en España y, dentro de esa esfera, creo más coherente haber planteado dos grandes apartados: las academias y los viajes literarios. El resto, con precedentes peninsulares e italianos incluidos, hubiese podido encontrar su lugar apropiado con más facilidad que en su formato actual.

Estas dificultades sólo afectan a la exposición, no al contenido, del que se puede aprender mucho y del que, a mi parecer, resalta la idea básica para la historiografía según la cual hay una continuidad desde el siglo XVI al XVIII en la concepción de que los restos materiales del pasado son tan importantes como las fuentes literarias. Así se manifestaron claramente tanto Antonio Agustín, Ambrosio de Morales y Rodrigo Caro como Forner y Valdeflores. Paradójicamente esta idea triunfó en el momento en que se falsificaron objetos alegando la *utilitas* al país. En definitiva, en el XVIII español no se desarrolló un nuevo método científico de recuperación de los restos del pasado, sino que se asistió a las tradicionales actividades de repertoriación y coleccionar desarrolladas desde el XVI sólo que ahora a mayor escala y bajo la protección de la corona.

La continuidad entre el XVI y el XVIII queda reflejada indirectamente en el título mismo del libro: las *Historias de Mármol* de Rodrigo Caro vienen a ser una premonición de la arqueología clásica española del siglo XVIII.

Jordi Cortadella
Universitat Autònoma de Barcelona